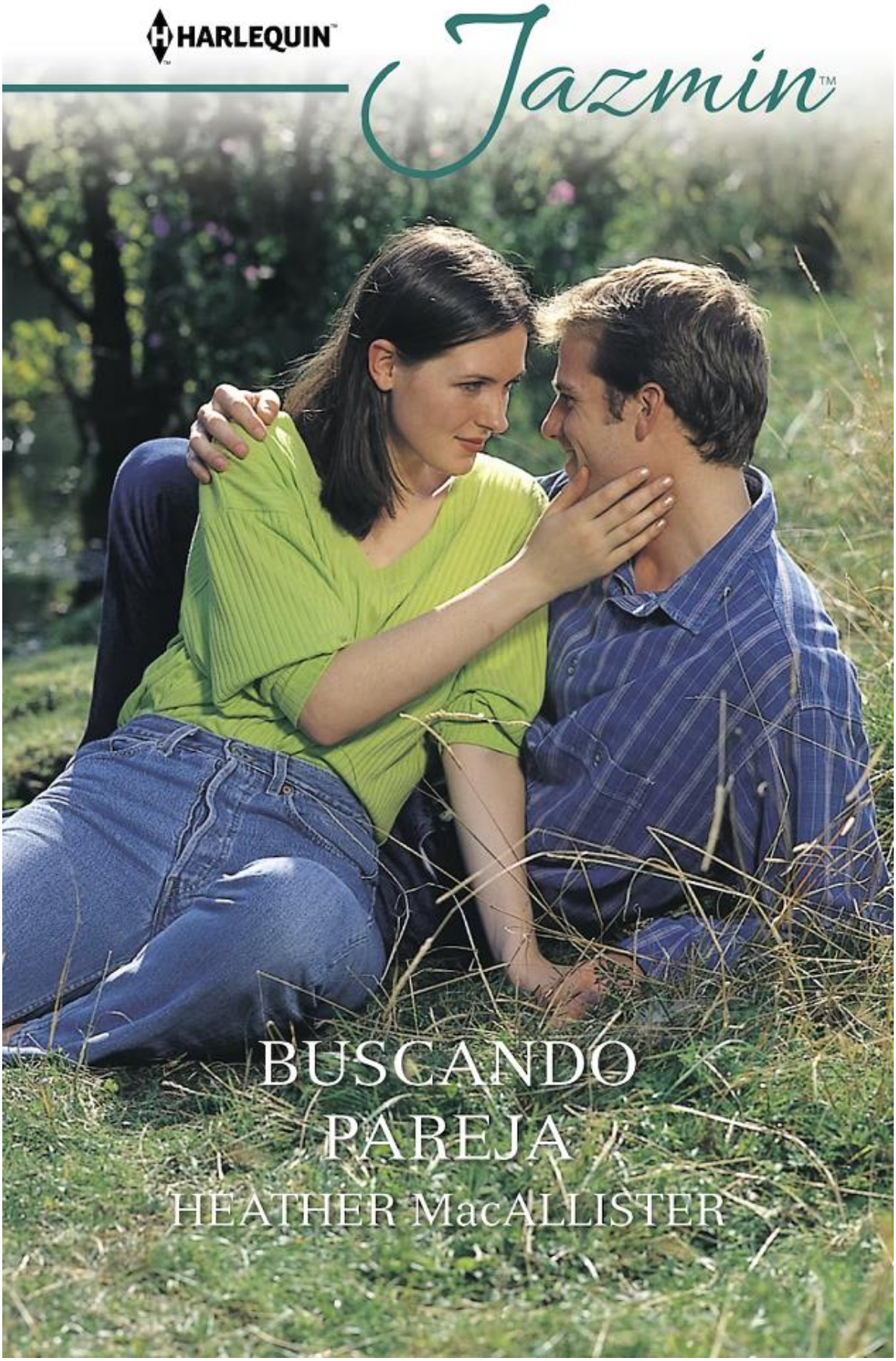
https://www.facebook.com/novelasgratis



https://www.facebook.com/novelasgratis

Jazmin

HEATHER MacALLISTER

Buscando pareja

HARLEQUIN™

https://www.facebook.com/novelasgratis

La ciudad entera parecía convencida de que Autumn Reese había nacido para casarse con Clayton Barnett, y a Autumn esa certeza empezaba a resultarle francamente molesta. Sin embargo, no encontraba la forma de disuadirlos de lo contrario y estaba segura de que los rumores no cesarían hasta que cada uno encontrase su parejaSin embargo, no les resultó nada fácil conseguir una cita, por lo que decidieron que Clay solicitara los servicios de una agencia matrimonial. Cuando empezaba a creer que el problema estaba solucionado, descubrió que ver a Clay saliendo con otras mujeres tampoco le hacía ninguna gracia, y Autumn tuvo que plantearse si su hombre ideal no sería aquél del que llevaba apartándose tanto tiempo...

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 1

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

De: Debra Reese, Reese Ranch.

Querida Nellie:

Que yo sepa, Autumn no tiene pensado retomar sus estudios de derecho este año. No estaría mal que le des un empujoncito a tu hijo para que venga a verla. Ella no puede esperarlo toda la vida… Pasaremos la Noche Vieja en el Hotel Menger.

¡Feliz año!

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

Querida Debra:

Ya le he dado un empujoncito. Clay pasará la noche con unos amigos. ¡Feliz año!

AUTUMN Reese disimuló un bostezo y le pidió otra taza de café al camarero. ¿Por qué tenía que comenzar sus actividades el día de Año Nuevo el Comité para la Subasta de Cerdos de San Antonio?

—Anima esa cara, cariño. Ha venido Clayton.

—Lo único que puede reanimarme es otra taza de café.

—La gente nos está mirando —dijo Debra Reese sin dejar de sonreír—. No puedes seguir fingiendo que no has visto a Clay sin que no empiecen a murmurar.

—Siempre hay murmuraciones.

Mientras su madre movía una mano para saludar a Clayton Barnett, el vecino más próximo a su vaqueriza, Autumn esbozó una sonrisa diplomática y luego sonrió con sinceridad al camarero, el cual avanzaba entre las mesas del Hotel Menger con una cafetera.

—¡Clay! —lo llamó la madre en voz alta—. Te hemos reservado un sitio.

—¿Y si no quiere sentarse aquí, mamá? —protestó Autumn.

—¿Dónde iba a querer sentarse si no? —replicó Debra.

El resto de la comunidad pensaba igual que su madre. Por alguna razón, se había decidido que Clay y ella estaban hechos el uno para el otro. Y no había más que hablar.

Autumn vio a Clay acercarse. Habían crecido juntos, o todo lo juntos que viven los vecinos de dos vaquerizas de Texas. No es que tuviera nada en su contra. Se había convertido en un hombre atractivo y era buena persona. ¿Pero tenía que compartir el resto de su vida con él simplemente por eso?

—Buenos días, Autumn —la saludó el camarero, coincidiendo con la llegada de Clay.

—¡Clay! —exclamó la madre—. No te veía desde navidades.

—La semana ha pasado volando —comentó Autumn con ironía, mientras acercaba su taza a la cafetera del camarero.

—Deja la cafetera. Yo serviré —le dijo Clay al camarero, al tiempo que tomaba asiento.

El camarero se retiró y, después, Clay llenó la taza de Autumn. El café estaba fuerte, muy rico y muy caliente. Le echó un sobre de crema, en parte por el sabor y en parte para enfriar la bebida. Luego dio un buen trago y deseó que Clayton bebiera directamente y se quemara la lengua… como sucedió a la postre.

—¡Qué rico! —exclamó Clay, disimulando y lanzándole una mirada asesina a Autumn.

—Creo que anoche tuviste que asistir a una fiesta, ¿no, Clay? —terció la madre.

—Sí —respondió él—. Si hoy nos hubiéramos reunido para desayunar temprano, podría haberme librado; pero como al final hemos quedado a las once, no tenía excusa para ausentarme —añadió.

—Al menos tenemos mucho más público —replicó Autumn, responsable de tal retraso—. No tiene sentido hacer madrugar a la gente al día siguiente de Noche Vieja. Así se puede dormir un poco y terminamos antes de que empiece la jornada liguera de rugby.

—Tampoco hacía falta levantarse tarde… salvo que la fiesta estuviera muy animada y uno se acostase a las tantas —Clay sonrió.

Autumn dio un sorbo a su café. No había podido quedar con ningún hombre para celebrar la Noche Vieja, pues todos los solteros habían dado por sentado que Clay sería su pareja.

—Mamá y yo oímos tu fiesta —comentó por fin.

—Aunque estábamos despiertas —agregó Debra.

Dado que ésta y Autumn formaban parte del Comité, ambas habían pasado la noche en el Hotel Menger, encargadas de la decoración del local, repleto de globos de todos los colores.

—Perdón si hicimos un poco de ruido. Seth, Peth, Luke y yo nos vemos muy de tarde en tarde. Teníamos muchas cosas de que hablar.

—Bueno, pues cuéntanos las novedades —propuso Debra.

—Eh… Seth y Claire acaban de tener un niño, y Luky y Livie otro.

—¡Bebés! —exclamó Debra, tras exhalar un sentido suspiro. Autumn se puso tensa. No quería hablar de bebés. Y menos delante de Clay—. Recuerdo cuando vosotros erais dos renacuajos, siempre gateando y moviéndoos. Tú estabas muy gordita, Autumn.

—Muchas gracias, mamá —repuso la hija.

—Pero salta a la vista que ya no lo estás, ¿verdad, Clay?

Por suerte, los camareros irrumpieron en la conversación y les sirvieron una bandeja con huevos, salchichas, jamón, patatas asadas y pastas de té, antes de que Clay pudiera responder.

Autumn tomó aire y echó mano a las pastas.

—Engordará si se come toda la bandeja —dijo Clay por fin.

—¿Cómo va a comerse toda la bandeja? ¡Con todas las pastas que hay! —terció Debra, mientras se extendía mermelada en una tostada. Autumn tragó la pasta que tenía en la boca, pero no le supo ni la mitad de

bien. Luego tuvo que soportar los halagos de su madre, expresados con el propósito de impresionar a Clay—. Autumn, lo de retrasar la hora del desayuno ha sido una idea genial.

Clay enarcó una ceja y descubrió a la responsable del cambio horario.

—Gracias, mamá.

—Ha trabajado mucho, Clay.

—La comida está estupenda —dijo éste.

Autumn no había tenido nada que ver con la comida. La habían encargado a los cocineros de un hotel, que llevaba ofreciendo el mismo menú desde hacía años. Nada de lo cual era ignorado por Clayton, por supuesto.

—Y la decoración ha quedado fantástica —prosiguió Debra, sin advertir el intercambio de miradas entre Autumn y Clay—. La jornada inaugural es muy importante, porque influye en el ambiente de la Subasta de Cerdos. Para mí es un honor que le pidieran formar parte del Comité. Estoy muy orgullosa de ella.

—Se lo merece —aseguró Clay—. Nadie infla los globos como Autumn.

—Mamá me ayudó —advirtió Autumn, que no quería que su madre se viera afectada por el fuego cruzado que se estaban disparando.

—¿Se encargó usted de las pastas, señorita Reese? —se interesó él.

—No, no. Autumn…

—¿Autumn las cocinó? —interrumpió Clay, asombrado.

—No —intervino la hija—. Yo encontré la pastelería donde las hemos comprado.

—¡Vaya! —exclamó Clay, relajado—. ¡Qué… buena idea! —añadió, después de descartar la palabra «alivio», la cual acalló por respeto a Debra. La incapacidad culinaria de Autumn era conocida por todos.

Por suerte, los actos formales comenzaron a continuación. Autumn le dedicó una gélida sonrisa a Clay, corrió la silla y se dirigió a la tribuna.

—Estoy encantado de veros a todos esta mañana, en la inauguración del Comité para la Subasta de Cerdos —arrancó Fred Chapman, que llevaba un cinturón de hebilla de oro, que lo distinguía como el mejor comprador de la anterior edición—. Pero antes de que empecemos a

asignar los grupos para la recaudación de donativos, quiero recordar que un porcentaje del dinero que se obtenga en la subasta irá destinado a la educación de nuestros hijos. El año pasado recaudamos…

Como Autumn ya sabía cuánto dinero se había obtenido el año anterior, dejó de escuchar mientras Fred proseguía con su presentación. Durante el siguiente mes, ella y su equipo, Besos y Puercos, recorrerían San Antonio para convencer a los dueños de todas las tiendas y empresas de que realizaran alguna donación para la subasta.

Clay haría lo mismo, y Autumn estaba decidida a juntar más dinero con Besos y Puercos que el grupo de él, Los Mejores Cerdos.

La reunión no se alargó, ya que los hombres querían llegar a casa a tiempo para ver los partidos de rugby del día de Año Nuevo. Finalizado el discurso de Fred, la multitud hizo cola para confirmar su pertenencia a un grupo u otro, y la madre de Autumn se retiró a hablar con unas amigas.

—Deberías rendirte ya, Autumn —murmuró una voz familiar, junto a su oreja.

—Tú sueña, Clay, porque sólo en sueños lograrás ganarme —replicó ella. Clay rió, pero su carcajada sonó cansada—. Tienes un aspecto espantoso; ¿te encuentras tan mal como pareces? —lo atacó Autumn.

—Probablemente —respondió Clay mientras se pasaba una mano por la barbilla, mal rasurada.

—Entonces será mejor que llame a una ambulancia.

—No hará falta mientras no me coma nada que hayas cocinado.

—Tienes que estar agotado para recurrir a esa pulla —advirtió Autumn.

—Es que no te he visto mucho últimamente. Supongo que estoy desentrenado —Clay esbozó una sonrisa e introdujo las manos en los bolsillos—. ¿Qué tal os va a tu madre y a ti?

Autumn miró en derredor hasta localizar a Debra, la cual se hallaba junto a sus amigas.

—Está mucho mejor. Son las segundas navidades desde que papá murió y se le está haciendo mucho menos duro que el año pasado.

—Echo de menos a tu padre —afirmó Clay—. Todos lo echamos de menos.

—Sí —Autumn desvió la mirada, pues aún se le empañaban los ojos al pensar en su padre y no quería que Clay la viese llorar.

—Y… ¿has pensado en volver a la universidad? —quiso saber éste.

—Puede que este verano —contestó mientras llegaban hasta Jackie Dutton, la cual atendía en la mesa de inscripción.

—Hola, Autumn… Clay. Voy por vuestras huchas —dijo Jackie. Luego, después de traer las del equipo de Clay, añadió—. No veo tu nombre en su equipo. Lo siento, Autumn. No sé qué puede haber pasado.

—Es que no estoy en el equipo de Clay —la informó Autumn, cuando fue obvio que él no iba a abrir la boca.

—¿No eres de Los Mejores Cerdos? —preguntó Jackie con incredulidad.

—Se arrepentirá de no estar con nosotros —la pinchó Clay.

—Estoy con Besos y Puercos —explicó Autumn.

—Pero entonces… ¿no estáis en el mismo equipo?

—¿Algún problema? —intervino una mujer rubia, que atendía junto a Jackie.

—Clay y Autumn están en equipos diferentes.

—¡Ordenadores! —suspiró la rubia—. No te puedes fiar de ellos.

—No, no. No hay ningún error —Autumn se obligó a sonreír—. Es que no nos hemos apuntado en el mismo equipo.

—¿Por qué no? —preguntaron las dos mujeres al unísono.

«Porque no somos pareja, nunca lo hemos sido y nunca lo seremos. ¿Es que no os entra en la cabeza?», quiso responder Autumn.

—Porque este año competimos chicas contra chicos —aclaró Clay con sencillez—. Los hombres de Los Mejores Cerdos contra las mujeres de Besos y Puercos. Bueno, si no necesito nada más, supongo que te veré más adelante —se despidió.

A Autumn le molestó que la respuesta de Clay no desmintiera la creencia generalizada de que ambos acabarían casándose.

—¡Qué guapo es! —exclamó Jackie después de suspirar—. Tienes mucha suerte, Autumn.

—Clay y yo no somos novios —replicó ella, exasperada.

—Ni falta que hace. Ya tendréis tiempo de comprometeros formalmente —contestó Jackie, mientras le entregaba a Autumn las huchas de su equipo.

Se rindió, agarró las huchas y se fue en busca de su madre… de lo cual se arrepintió. Era evidente que ésta y sus amigas habían estado mirándolos mientras Clay y ella hacían cola. Autumn saludó y se preparó para lo inevitable:

—Autumn, tu madre dice que todavía no habéis fijado una fecha —comentó una mujer canosa y sonriente.

—Es que no vamos a fijar ninguna fecha —espetó Autumn.

—¿No vais a emanciparos? —preguntaron varias mujeres, estupefactas.

—Clay y yo no somos novios.

—Bueno, no oficialmente —intervino Debra, la cual palmeó el brazo de su hija.

—Ni de ninguna otra manera —insistió Autumn.

—Así que vas a esperar a terminar tus estudios de Derecho —dijo la mujer canosa—. Me parece muy inteligente.

Todas las amigas asintieron. Luego sonrieron de tal forma, que Autumn supo que Clay estaba cerca.

Milagrosamente, éste pasó de largo sin dirigirle la palabra; pero Autumn tuvo que soportar las miradas curiosas:

—Hemos hecho una apuesta, a ver quién recolecta más dinero —explicó ella, sujetando sus huchas—. Por cierto, ¿con cuánto quiere contribuir, señora Perry?

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

De: Debra Reese, Reese Ranch.

Nellie, querida, ¿te diste cuenta de que Autumn y Clay no están en el mismo equipo? Creo que él no se lo ofreció. Por cierto, Autumn no ha hablado del Baile de los Compradores. Aunque sé que Clay irá con ella, sería bonito que la invitara formalmente. No queremos que surja ningún malentendido, ¿verdad?

https://www.facebook.com/novelasgratis

Deb.

FAX

A: Debra Reese, R. Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B.

Debra, querida, Clay no pudo ofrecerle a Autumn que formase parte de su equipo, porque ella ya había formado el suyo. Por cierto, también le podía haber pedido Autumn que él estuviera en su equipo.

Nel.

Durante las siguientes dos semanas, Autumn y su equipo se pusieron en contacto con los comercios de San Antonio. Igual que Clay. Él consiguió donaciones más cuantiosas, pero no tantas como ellas. La estrategia de Autumn consistía en obtener cantidades modestas de establecimientos pequeños, como tiendas de ropa o centros de belleza.

—Mamá, creo que ya hemos entrado en todos los locales de San Antonio —dijo Autumn—. Y el grupo de Clay sigue por delante —añadió mientras hojeaba el periódico del sábado, en busca de algún sitio que se anunciase y hubiesen pasado por alto.

—Autumn, ¿no has pensado… que no deberías esforzarte tanto por vencer a Clay? —replicó Debra, elevando la vista por encima del suplemento.

—¿Me estás diciendo que debería dejarle ganar?

—No, dejarle ganar no —contestó Debra—. Simplemente, no derrotarlo.

Lo que venía a ser lo mismo.

—Ni hablar.

—Los hombres tienen su orgullo.

—¿Y yo qué tengo?

—Un hombre no, que yo sepa.

—¿Y bien?

—Autumn, no animas a Clay en absoluto. Si fuera otro hombre, pensaría que no estás interesada en él. Aunque las cosas estén claras, no deberías darlo todo por sentado.

—Tampoco él me anima a mí —repuso Autumn—. Creo que es él el que no está interesado.

—No digas tonterías —Debra regresó al suplemento—. Te ha esperado todo este tiempo.

—Sí, ya me he enterado de la mujer que invitó a casa el día de Acción de Gracias mientras me esperaba.

—Cariño, es un hombre muy atractivo. No puedes pretender…

—Mamá —interrumpió Autumn, para cambiar de conversación—. ¿Alguna vez has oído hablar de la agencia matrimonial La Rosa Amarilla? — preguntó, indicando con un dedo un pequeño anuncio del periódico.

—¿Una agencia matrimonial? Eh… supongo que será la empresa de la señora Eden y su nieto. ¿Por qué?

—Porque todavía no les he pedido un donativo —contestó, al tiempo que doblaba el periódico, tomaba su bolso y consultaba la hora—. Si me doy prisa, todavía puedo pasarme por allí y llegar a la reunión a tiempo —añadió, en alusión al encuentro que tenían, para ver los progresos de cada equipo.

FACSIMILE URGENTE

A: N. Barnett.

De: D. Reese.

¡Nellie! ¡Autumn cree que Clay no está interesado en ella! He intentado convencerla de que no es así, pero la invitación de tu hijo a esa mujer el día de Acción de Gracias no resulta de mucha ayuda.

FAX

A: Debra Reese.

De: Nellie Barnett.

Debra, te repito que Kristin sólo es una vieja amiga del colegio. Deja de preocuparte.

N.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 2

FACSIMILE

A: N. Barnett, Golden B.

De: D. Reese, Reese Ranch.

¿Cómo quieres que no me preocupe? Llevan dos semanas sin verse. Autumn va de camino a La Rosa Amarilla para pedir un donativo.

Debra.

FAX

A: D. Reese, Reese Ranch

De: N. Barnett, Golden B

Clay se encontrará allí con ella.

Nellie.

ERA un espléndido día de mediados de enero, lo suficientemente fresco como para poder lucir su nueva chaqueta roja, pero sin lluvia y con el cielo despejado. Autumn condujo por la ciudad hasta entrar en la antigua zona residencial de San Antonio.

La agencia La Rosa Amarilla se hallaba en la Avenida Bluebonnet, número diez, en una preciosa casa pintada de amarillo. Una valla blanca rodeaba el jardín delantero, en contraste con las casas vecinas, que carecían de tal protección.

Autumn aparcó su Ford negro en una calle frente a un buzón pintado a mano con rosas amarillas, y luego fue hacia la entrada. Al dejar atrás aquella valla tuvo la sensación de estar regresando en el tiempo a una época pasada.

Había subido las escaleras del porche y pulsado el timbre antes de detenerse a considerar que era bastante pronto para un sábado, y tal vez no estuviera abierta aún la agencia. Cuando estaba a punto de darse media vuelta, apareció una mujer:

—Ya era hora, Héctor. Que seas primo de mi nieto no significa que… tú no eres Héctor.

—No, lo siento.

La mujer, bajita y corpulenta, llevaba el cabello recogido en un moño.

—Bueno, ¿y quién eres?

—Me llamo Autumn Reese, soy del Comité para la Subasta de Cerdos — se presentó, al tiempo que le extendía una revista con el informe de los resultados de la subasta del año anterior—. Me preguntaba si La Rosa Amarilla estaría interesada en contribuir —añadió, mostrándole la lista de establecimientos que ya habían colaborado.

—Cerdos, ¿no?

—Ni vacas, ni pollos ni ovejas. Sólo cerdos —afirmó Autumn.

—No estoy segura de si a la señorita Willie le gustaría asociarse con cerdos.

Preparada para esa reacción, Autumn sacó un fajo de fotos con cerditos adorables. Se las habían regalado un fotógrafo profesional, y en ellas aparecían los cerdos vestidos con faldas escocesas, o entre flores… cualquier cosa para mitigar la imagen negativa de los animales.

—El dinero va a un fondo de educación para los niños de San Antonio.

—Está bien… hablemos —accedió la mujer—. No has visto a Héctor, ¿verdad?

Autumn miró alrededor. Su Ford era el único vehículo a la vista. Denegó con la cabeza.

—Intentas que descansen un rato y te toman el pelo —prosiguió la mujer, al tiempo que abría la puerta, invitando a Autumn a pasar.

Al trasponer la puerta, sintió la misma sensación de retorno que al atravesar la valla; pero con más intensidad. Un ramo de rosas amarillas, colocado en un jarrón del recibidor, llamó su atención de inmediato. Autumn se detuvo a olerlas y luego siguió a la mujer a una sala.

Salvo por la placa de la entrada, con el rótulo de La Rosa Amarilla, no había nada en la casa que hiciese pensar en una empresa. Sólo sabía que no se había equivocado de lugar por unas fotografías de diversas parejas sonrientes que colgaban de las paredes; lo más probable, clientes satisfechos.

—Me llamo María Pérez —se presentó la mujer, española, tras tomar ambas asiento en un sofá de terciopelo azul—. No soy la dueña de esta empresa y no puedo hablar en nombre de la señorita Willie; pero ella sigue siempre mi consejo. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—El comité le agradecerá cualquier donación, sea del importe que sea. Aunque hay que llegar a una cantidad mínima si se quiere aparecer en el informe de resultados.

Dado que Autumn había repetido el mismo discurso numerosas veces en las anteriores dos semanas, aprovechó para mirar las fotografías mientras hablaba y le enseñaba la revista a María. Ella nunca había pensado en acudir a una agencia matrimonial, pero era obvio que había muchas personas a las que sí se les había ocurrido.

—La señorita Willie nunca se equivoca —comentó Maria, que había advertido la atención con que Autumn miraba las fotos.

—¿Perdón?

—Todas esas parejas las formó ella. Tiene un don para unir personas.

—¿Sí?

—Bueno, eso era antes de que llegaran los ordenadores, cuando la señorita Willie escogía personalmente a los clientes. Era tan buena como casamentera, que la convencieron de que pusiera una agencia matrimonial. Vino tanta gente a verla, que necesitó una ayudante. Entonces fue cuando llegó Wanda —explicó María—. Pero luego el nieto de la señorita Willie la convenció de que introdujera ordenadores. La cosa no ha vuelto a ser lo mismo desde entonces.

—¿Cómo… cómo funciona la agencia? —preguntó Autumn, nada más que por curiosidad.

—Muy sencillo. Rellenas unos impresos para que el ordenador sepa qué tipo de persona eres. Luego tecleamos todos los datos en un programa por el que el nieto de la señorita Wille pagó más de la cuenta y el ordenador elige a tu pareja perfecta.

—¿Y cómo lo hace? —insistió Autumn.

—Los ordenadores sólo saben lo que tú les dices. Por ejemplo, si les dices que no quieres a nadie muy bajo, entonces no te propondrán a ninguna persona bajita como pareja, aunque sea tan maravillosa como mi Aldo, que en paz descanse —respondió María.

—¿Y qué pasa entonces?

—Lo que pase luego depende de ti —María rió.

Autumn miró los impresos y se sintió seriamente tentada. ¡Qué gozada poder quedar con un hombre que no pensase que ella estaba destinada a convertirse en la mujer de Clayton!

Y, aunque lo lograra, si asistiese al Baile de Compradores previo a la subasta con alguien distinto a Clay, las murmuraciones no pararían durante días.

—Eh… ¿fotografiáis a los candidatos? —quiso saber Autumn.

—Nunca —respondió María—. Aquí preguntamos dónde vives, en qué trabajas, ese tipo de cosas… ¿Estás interesada? Tenemos mucha gente nueva a estas alturas del año, debido a la subasta. Los vaqueros vienen a San Antonio y se apuntan.

—No estoy segura de que quiera salir con un vaquero.

—Basta con que lo especifiques en el impreso —dijo entonces María. Antes de que Autumn tomase una decisión, el timbre de la puerta sonó—. Debe de ser Héctor… Llegas con casi media hora de retraso. Tienes suerte de que la señorita Willie no esté… ¡Tú no eres Héctor! —exclamó de nuevo María.

—No, señora —respondió una voz familiar. Autumn alzó la cabeza y cerró el libro con los impresos—. Soy Clayton Barnett y he venido para invitarla a contribuir a…

—¿Más cerdos? Ya ha venido una señorita —atajó María, invitándolo a entrar.

—Hola, Clay —saludó Autumn, con una sonrisa forzada.

—¡Autumn!, ¡qué casualidad encontrarte aquí!

—Yo he llegado antes —avisó ella.

—¿Y cómo iba a saber que venías por una donación? —replicó Clay, cuya sonrisa no pasó inadvertida para María—. Creía que habías venido como cliente —añadió, al tiempo que entraba en la sala.

—Pues me lo estoy pensando, no te creas —dijo ella, para ver la reacción de Clay.

—¡Héctor! —gritó María entonces, desde el porche de la casa—. Ya va siendo hora de que vengas —le ordenó.

—¿Para conseguir la donación? —prosiguió Clay, dirigiéndose a Autumn.

—No, no, lo digo de verdad.

—Estás de broma, ¿no? —insistió Clay mientras tomaba asiento junto a Autumn.

—¿Por qué? Eliges el perfil de la persona que quieres y el ordenador escoge tu pareja. Es muy eficaz —respondió ella.

—No sé… —Clay echó un vistazo a los impresos—. Preguntan muchas cosas. Puede que no te guste salir con un chico que sepa todas esas respuestas. Y eso suponiendo que un ordenador pueda emparejarte a ti con alguien.

—¡Claro que puede!

—No lo sé, Autumn —la provocó Clay—. Puede que el ordenador se bloquee contigo.

—Pues si alguien quedara citado contigo —replicó ella—, seguro que pediría que le devolviesen el dinero.

—Cualquiera que saliera conmigo le daría un extra a la agencia.

—Demuéstralo —lo retó Autumn.

—No necesito demostrar nada —rió él.

Pero Autumn sí. Sería estupendo que los dos se presentaran al Baile de Compradores con parejas distintas.

—No te atreves —lo desafió Autumn, sabedora del afán competitivo de Clay.

—Está bien —accedió él, tras considerarlo un par de segundos—. Pero sólo si tú haces lo mismo y vamos cada uno al Baile con nuestras respectivas parejas.

—Hecho —sonrió Autumn, justo cuando María regresaba.

—Rellenad estos impresos por las dos caras —les pidió la mujer, enterada de la voluntad de ambos—. ¿Vais a querer vídeo?

—No habías dicho nada de vídeos —señaló Autumn.

—Porque no me gustan. La gente no sale bien en los vídeos. La cámara los pone nerviosos.

—No necesitamos vídeo —aseguró Clay.

—Perfecto —dijo María—. Dadme un grito si tenéis alguna duda. Voy a asegurarme de que Héctor está limpiando las ventanas.

—Ese chico se arrepentirá de trabajar aquí —dijo Clay, una vez que María se hubo alejado.

—Ese chico debería haber llegado a tiempo. Por cierto, tenemos que darnos prisa si no queremos llegar tarde a la reunión —repuso Autumn.

—No creo que nos vaya a llevar mucho tiempo rellenar esto —dijo Clay, que ya iba por la mitad de la primera página.

Autumn se había quedado atascada en la pregunta del peso. ¿Debía poner su peso verdadero, o el que pensaba tener para cuando llegase la primera cita?

—Espera a llegar a las preguntas difíciles —dijo ella, sabedora de que poner el peso no era un obstáculo para Clay, cuyo cuerpo era mucho más atlético que el de Autumn.

—¿Qué preguntas difíciles?

—Política, religión…

—Sólo he puesto que sí.

—Se supone que tienes que ser más específico —replicó Autumn.

—Está bien, pondré «nat» y Texas.

—¿Qué significa eso?

—No es Asunto Tuyo.

—¡Clay! —lo reconvino Autumn—. Anda, pon conservador.

—¡Yo no soy conservador! —repuso él.

—¿Ah, no? Veamos… Imagina que estás en un partido de los Dallas Cowboys y la orquesta del estadio comienza a tocar el himno del equipo. El hombre que está a tu lado se niega a levantarse, alegando libertad de expresión. ¿Qué harías?

—¡Le metería su libertad de expresión donde le cupiera!

—¿Lo ves? Conservador. Y Texas no es una religión.

—No lo digas muy alto.

—Sé serio, Clay.

—Lo digo totalmente en serio —insistió él.

—Recuerda que el ordenador sólo sabe lo que le dices —dijo Autumn, citando a María.

—¿Y qué estás poniendo tú? —le agarró su impreso antes de que pudiera evitarlo—. Oye, has puesto «no» en deportes.

—No me gustan los deportes.

—Claro que te gustan. Montas a caballo, eres buena con el lazo en los rodeos y no se te dan mal las carreras de sacos.

—Mis días de corredora de sacos son historia, y el resto es mi trabajo, no deporte. Además, no quiero un hombre que se aplaste en el sofá frente al televisor.

—¿Alguna vez has quedado con hombres así?

—Nunca más de una cita —contestó Autumn.

—Bueno, ¿y qué tipo de citas te gustan?

—Pues… —Autumn no respondió de inmediato—. Me gusta quedar para hacer algo animado y luego ir a tomar café o a comer. No me gusta cenar y luego ver una película. Prefiero al revés.

—Así que sigues pidiendo el cucurucho grande de palomitas pronto para poder repetir y ponerte enferma, ¿eh? —la pinchó Clay.

—Ya no tengo dieciséis años —protestó Autumn, violenta por aquel recuerdo.

—No —dijo Clay, al tiempo que tragaba saliva. Luego miró hacia sus impresos. Autumn a los propios. Trabajaron en silencio hasta que él silbó—. Veo posibles problemas por aquí.

—¿Dónde?

—Página tres, la parte sobre describirse a sí mismo. Aquí es donde la gente mentirá.

—¿Por qué?, ¿por qué tomarse la molestia de venir a una agencia matrimonial y mentir?

—Puede que mentir no sea la palabra adecuada. Lo que quiero decir es que la gente va a poner los rasgos del carácter que le gustaría tener, más que los que tienen en realidad.

—Nosotros no haríamos algo así —dijo Autumn.

—En absoluto —Clay denegó con la cabeza—. Nosotros seremos totalmente sinceros.

Se miraron a los ojos.

—Cuando terminemos, te dejo leer mi impreso y tú lees el mío —propuso Autumn.

—Hecho.

Terminar les costó más de lo que habían pensado. Autumn era consciente de que Clay leería su impreso, lo cual la retraía. Él acabó antes, probablemente porque no le importó responder al apartado de manías y obsesiones. La obsesión actual de Autumn era alejarse de Clay.

En cuanto a los objetivos y ambiciones, Autumn se dio cuenta de que llevaba toda la vida tratando de convencer a la gente de que no estaba predestinada a casarse con Clayton Barnett.

Había empezado a estudiar Derecho porque le gustaba, de acuerdo; pero más aún porque la duración de la carrera la alejaría de San Antonio varios años.

Se preguntó cómo podía soportarlo Clay, el cual, siendo hijo único como ella, tenía asumido que viviría siempre en las tierras de su familia y que las dirigiría cuando sus padres se jubilaran.

Autumn miró las cuestiones sobre personalidad, pero se acordó del día en que cumplió diecisiete años. Clay y sus padres habían cenado con ellos. Le habían regalado un coche de segunda mano, su primer coche, y Clay se había acercado al garaje para asegurarse de que el motor funcionaba.

Había sido una noche limpia y fría. Los padres de ambos habían salido al porche a fumar y a hablar, conversación a la que ella no había prestado atención hasta oír su nombre y el de Clay.

—Espero que nuestros hijos no se dejen llevar por las hormonas y terminen el instituto con buenas notas —había comentado Hank Barnett.

—Autumn tiene la cabeza bien amueblada. Sabrá mantener a Clay a raya —replicó Ben, el padre de Autumn.

—Mi hijo tiene dieciocho años; no está pensando en la cabeza de Autumn precisamente —bromeó Hank.

Autumn se quedó horrorizada. Clay la miró con una intensidad inusual y ella supo que también había oído a sus padres, aunque ninguno dijo nada.

—Clay es un buen chico. Estaré orgulloso de que se convierta en mi yerno —prosiguió Ben.

El corazón de Autumn se desbocó tanto que no pudo oír con claridad las siguientes frases; pero, en esencia, el mensaje consistía en que las dos familias estaban convencidas de que Clay y ella se casarían y unirían las tierras de ambos.

Después de mirarse en silencio unos segundos, Clay cerró con cuidado la capota del coche. Desde entonces, nada había vuelto a ser igual entre los dos.

Autumn no podía culparlo. Debería haber tenido derecho a escoger a su esposa, en vez de que le impusieran una. Quería que Clay tuviera libertad, igual que la deseaba para sí.

Pero él no desobedecería los planes de sus padres, de modo que era Autumn quien debía encontrar a alguien para liberar a Clay de aquella obligación.

—¿Todavía no has terminado? —protestó Clay—. Te aseguro que todo esto no sirve de nada si a la persona no le gusta luego tu aspecto. En menos de treinta segundos se sabe si hay posibilidades o no.

—No todos juzgamos a la gente tan superficialmente —respondió Autumn, disgustada.

—Las cosas son como son —insistió Clay—. Aunque tú no tienes que preocuparte por el físico.

—¿Por qué no?

Clay la miró de perfil y, en menos de un segundo, su mirada pasó de ser la de un amigo infantil a la de un adulto que contempla a una mujer a la que desea.

Autumn lo notó y, azorada, sus mejillas se encarnaron. Decidió dar por terminado el impreso y se lo pasó a Clay, cuyo velado piropo no había acabado de gustarle. Estaba acostumbrada a que él le metiera pullas, no a alabanzas de tipo alguno.

—¿Qué es todo este rollo de que eres sentimental, seria y tolerante? —murmuró Clay.

—¡Yo soy sentimental, seria y tolerante! —exclamó Autumn.

—¿Y no dices que eres cabezona?

—No soy cabezona; soy perseverante.

—¿Y eso de que eres sensible? —se rió Clay—. Ten cuidado, a ver si te van a emparejar con un poeta.

Autumn abrió los ojos y arrebató el impreso de Clay. ¿Qué maravillosos rasgos se habría puesto él?

—¿Afectuoso?, ¿me puedes explicar cómo puede ser afectuoso un hombre que me ha regalado unas bujías por Navidad?

—Pero tu coche necesitaba unas nuevas bujías —replicó Clay, algo dolido—. Te habías gastado todo tu dinero en regalos de Navidad y no quería que te quedaras tirada en la carretera.

—Eso es ser atento —concedió Autumn—. Pero no afectuoso. ¿Y dónde pones que eres arrogante?

—¡Oye!

Pero Autumn ya estaba mirando el apartado de objetivos y ambiciones. Clay sólo había puesto que quería asegurarse de mantener las tierras de sus padres para poder dárselas a sus hijos…

Claro que si Autumn no se marchaba pronto y dejaba que Clay encontrase a otra mujer, jamás podría tener hijos.

—¿Buscas a una mujer que esté dispuesta a trabajar duro, jugar fuerte y amar apasionadamente? —preguntó ella a continuación.

—Me pareció que sonaba bien; mucho mejor que un compañero flexible —replicó, en alusión a lo que ella había escrito—. Ni que se tratara de una tabla de gimnasia —bromeó.

—Intentaba decir que no quiero un hombre que me dicte lo que tengo que hacer.

—Creo que eso lo podemos dejar claro si mencionamos que tienes mucha fuerza de voluntad y eres independiente. Y luego añades que buscas a un hombre que le dé miedo comportarse como un hombre y que te deje ser la mujer que eres.

—¡Dame eso! —le ordenó Autumn, tratando, en vano, de recuperar su impreso.

—¿Habéis terminado ya? —los sorprendió entonces María.

—Sí —dijo Clay.

—No —respondió ella.

Borró el comentario de Clay y volvió a escribir lo del compañero flexible.

—Te arrepentirás —la provocó él mientras le entregaban los impresos a María.

—Muy bien —dijo ésta—. Tengo que meter los datos en el ordenador. Podéis venir el lunes a ver los resultados.

—¿El lunes? —repitió Autumn, que no quería esperar tanto.

—Estamos a sábado y sólo estoy yo en la agencia —repuso María—. No puedo hacer milagros.

—¿Has puesto impaciente en las preguntas de personalidad? —la picó Clay. Luego miró a María—. Muchas gracias. El lunes es perfecto. Autumn, tenemos que ir a la reunión.

Era verdad. Autumn miró el reloj: llegarían veinte minutos tarde como poco. Y, peor aún, iban a llegar al mismo tiempo. Suspiró, resignada, y luego trató de consolarse imaginando la cara que pondrían todos cuando los vieran aparecer en el Baile de Compradores cada cual con una pareja diferente.

Capítulo 3

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

Querida Debra:

Clay está de muy buen humor. ¿Cómo está Autumn?

Cruza los dedos, Nellie.

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, Golden B.

De: Debra Reese, Reese Ranch.

Querida Nellie:

Todo bien por aquí. Autumn se comporta como si ocultara un secreto. ¿Crees que se trata de ESO?

Con el alma en vilo, Debra.

AUTUMN pensó si acudir a La Rosa Amarilla nada más abrir el lunes, temerosa de parecer demasiado interesada en conseguir la donación. Pero si no lo hacía, Clay se aprovecharía de su retraso.

De modo que a las nueve en punto de la mañana aparcó en la Avenida Bluebonnet. Vio por el retrovisor un camión rojo que se acercaba. Debía de ser Clay.

Estaba hablando por su teléfono móvil, de manera que, en vez de esperarlo, Autumn pasó la valla de la entrada y fue hacia el porche.

A través del cristal de la puerta, pudo ver a María en recepción, pero le estaba dando la espalda. Cuando abrió la puerta, oyó que María se dirigía a alguien:

—Se lo digo, señorita Willie, llame a mi hermana mediana, Amalia. Es la mejor publicista de San Antonio. Además, seguro que le hace descuento.

La recepcionista sonrió a Autumn, pero antes de que pudiera decirle nada, María se dio media vuelta y al ver a la chica exclamó:

—¡Sí que estás ansiosa por los resultados!

—En realidad, me preguntaba si podías comentarle a la dueña si está dispuesta a contribuir para la subasta. ¿O prefieres que lo haga yo?

—No hace falta. Ya se lo he explicado y subvencionará tus cerdos —María miró a la recepcionista y ambas rieron.

—Buenos días —saludó entonces Clay, quitándose el sombrero.

—Otro cliente ansioso —dijo María, sonriente—. Voy por los resultados —añadió, para salir acto seguido hacia un pasillo.

—Buenas noticias. La Rosa Amarilla va a hacerme un donativo para la subasta —le dijo Autumn a Clay, mientras la otra recepcionista atendía una llamada del teléfono.

—Enhorabuena. Yo acabo de hablar con García y Delgado.

—¿De la agencia de publicidad?

—Sí, están pensando en financiar la portada de la revista en la que aparecen los resultados. He quedado con ellos en cuanto salga de aquí.

—¡Qué… genial! —exclamó Autumn. Al fin y al cabo, estaban trabajando con un objetivo común, ¿no?

—Aquí están —dijo María al regresar, dándoles un sobre a cada uno.

—No… no hubo ningún problema, ¿no? —preguntó Clay.

—¿Qué tipo de problema esperabas?

—¿Habéis conseguido encontrarnos pareja?

—Encontramos muchas candidatas. Ahí tienes tus tres mejores —respondió María, apuntando al sobre que le había entregado—. Puede que el nombre de tu futura mujer se encuentre ahí dentro —añadió.

Autumn miró el sobre de Clay y sintió un calambre en el pecho. Ella sólo quería buscarle pareja para el Baile de Compradores; no una esposa para toda la vida.

—Tendréis que rellenar unos cuestionarios de evaluación después de cada cita. Luego, si no basta con los primeros encuentros y queréis seguir intentándolo, podemos cambiar un poco los impresos iniciales. Hay gente que pone cosas cuando luego quiere otras, ¿sabéis?

Clay sonrió, sacó su tarjeta de crédito y pagó.

—Gracias —dijo después—. Buena suerte —añadió, dirigiéndose a Autumn.

—Sí —susurró ésta, que no se atrevía a mirar el interior de su sobre—. Igualmente.

Dio la impresión de que iba a decir algo más, pero se puso el sombrero y fue hacia la salida. Autumn lo miró alejarse.

—Os podríais haber ahorrado el dinero si os hubierais citado vosotros dos, simplemente.

—¿Por qué? —preguntó Autumn—. El ordenador no nos emparejó, ¿verdad?

—¿Querías que os empajara?

—Bueno, no. De lo contrario, no habríamos venido aquí —respondió Autumn—. Gracias por la contribución —añadió, al tiempo que le extendía un cheque a María, en pago de los servicios de la agencia.

—Espero que encuentres lo que estás buscando —replicó ésta.

A Autumn le extrañó que dijera eso, en vez de desearle buena suerte con los emparejamientos del ordenador. Salió de la agencia, se metió en el coche, dejó el sobre en un asiento y condujo hasta la cafetería donde debía reunirse con las demás chicas de Besos y Puercos.

Clay no abrió el sobre hasta haber terminado la entrevista con García y Delgado. Cuando regresó al coche, le estaba esperando en el asiento.

En vez de arrancar de inmediato, puso la radio y agarró el sobre. Por primera vez desde hacía mucho, no sabía lo que el futuro le deparaba. Nadie lo sabía con exactitud, pero Clay podía predecir a grandes rasgos los detalles de su porvenir: no tendría mucho dinero, sí mucho trabajo y Autumn Reese poblaría sus pensamientos siempre.

No podía imaginarse su vida sin que Autumn estuviera pinchándolo, o él pinchándola a ella. De hecho, no podía imaginarse su vida sin Autumn, de la misma forma que no podía imaginársela sin trabajar sus tierras.

Había nacido para cuidar de su ganado, como las anteriores cuatro generaciones de su familia, que habían sobrellevado las subidas y bajadas del mercado ganadero. Para él, la tierra era algo sagrado.

Y Autumn… Clay miró el sobre de La Rosa Amarilla y recordó que María le había dicho que el nombre de su futura mujer podía estar ahí. Lo abrió.

Había tres fichas con sendos resúmenes autobiográficos, que incluían nombre, datos postales y número de teléfono.

Puede que fuese superficial, pero a Clay le habría gustado tener una foto. Miró las fichas y se sorprendió de no haber sido emparejado con Autumn.

Cada ficha llevaba un porcentaje de compatibilidad. El índice más alto de Clay era de un ochenta y cuatro por ciento; las otras dos se quedaban en los setenta. Lo que implicaba que su compatibilidad con Autumn era aún inferior. De alguna manera, se sintió decepcionado.

Dejó las fichas en el asiento y decidió llamar a la señorita del ochenta y cuatro por ciento, Julia Holbrook. Quizá pudiera cenar con ella esa misma noche.

Después de reunirse con el equipo de Besos y Puercos, Autumn dispuso de unos minutos de tranquilidad antes de acudir a su trabajo de media jornada, en un bufete de abogados de San Antonio.

Siempre había tenido claro que quería estudiar una carrera y trabajar. Además, en la mayoría de las familias con tierras y ganado, cualquier ingreso de dinero era bien recibido.

Sin salir del bar en el que había quedado con sus amigas, pidió un refresco y abrió el sobre de La Rosa Amarilla. Miró los nombres a toda velocidad y se enfadó al comprender que estaba buscando encontrar el de Clay.

¿Qué eran esos porcentajes? Autumn leyó las explicaciones y luego los resúmenes biográficos.

Los hombres parecían interesantes. No es que la volvieran loca, pero todavía no los había visto. ¿A quién llamaría primero?

Notó que estaba nerviosa, de modo que eligió llamar a la pareja número dos, para poder practicar con él. George Gaza tenía un ochenta y seis por ciento de compatibilidad. El número uno alcanzaba el noventa y uno por ciento.

De acuerdo. Antes de perder la calma, descolgó el teléfono de una cabina pública y llamó a George, con la esperanza de que éste le propusiese que se vieran pronto.

FAX

A: Deb.

De:Nel.

¡Van a cenar juntos en Jason! ¡Prepara el champán!

Muy feliz, N

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, G B Ranch.

De: Debra Reese, R. Ranch.

No saques el champán tan rápido. Van a cenar en Jason, pero no juntos. ¿Qué está pasando?

Casi no tenía tiempo para volver a casa a la salida del trabajo.

George resultó ser profesor de instituto y esa noche era la única que libraba hasta el sábado. Dado que Autumn no quería esperar casi una semana entera, convino en cenar con él, aunque le habría gustado otro tipo de actividad.

George había propuesto quedar en Jason, un restaurante frecuentado por nativos y turistas, donde celebraba los cumpleaños la familia de Clay. Como George era su segunda opción, Autumn se sintió culpable y decidió que pagarían a escote.

Había escogido su chaqueta roja y una falda de algodón, para que George pudiese reconocerla con facilidad. Pelo y ojos marrones no eran suficiente distintivo para una cita a ciegas.

Autumn aparcó cerca del restaurante, con unos minutos de antelación, pues había conducido más rápido de lo debido. Decidió dar un paseo por el río, en vez de ir directamente.

Casi toda la terraza de Jason tenía una vista espléndida al río. También había un piso inferior con un bar con terraza al nivel de la orilla, lugar donde había de encontrarse con George. Le había prometido que llevaría una rosa amarilla para que lo reconociera.

En cuanto se puso el sol, el aire se tornó frío, como siempre sucedía en esa época del año. Una orquesta de mariachis hizo tocar sus instrumentos mientras Autumn se apoyaba en la barandilla, disfrutando de la música mientras trataba de divisar a un hombre que pudiera ser George.

Un barco atracó en la orilla y descargó un puñado de turistas. Autumn esperó que no tuvieran intención de comer allí, pues ocuparían todas las mesas de dentro, y fuera del restaurante hacía demasiado frío.

De pronto vio un hombre que se abría paso entre los turistas. Le gustó su forma de moverse. No tendría la suerte de que fuese George, ¿verdad? Su cara quedaba ensombrecida por un sombrero, de modo que miró en busca de una rosa amarilla.

No la encontró. Aun así, siguió mirándolo. Cuando se dirigió a la entrada de la terraza que daba al bar del restaurante, Autumn se sorprendió fijándose en su cara.

—¿Clay? —preguntó, asombrada, tras identificarlo.

—Autumn… ¿qué haces aquí? —repuso él, quitándose el sombrero.

—He quedado para cenar con una de mis parejas —respondió Autumn, cuyo corazón le empezó a latir más rápido de lo normal—. No me digas que tú también.

—Pues sí. Quería causar buena impresión.

—Tú… no necesitas venir a un buen restaurante para eso —dijo Autumn tras tragar saliva.

—¿Estás segura de que eres Autumn? —bromeó él ante aquel halago.

—Corta el rollo.

—Bueno, ¿y cómo es tu cita?

—Es un profesor de instituto.

—La mía también.

Se miraron a la cara y luego desviaron los ojos. ¿La Rosa Amarilla pensaba que sus parejas perfectas eran profesores de instituto?

Mientras Autumn se andaba en tales consideraciones, miró a los hombres que paseaban por el río.

—¿Cómo vas a reconocer a tu profesor? —prosiguió Clay.

—Llevará una rosa amarilla.

—¿Como el hombre de ahí? —Clay apuntó en dirección contraria. Autumn se puso recta y vio a un hombre sonriente que se acercaba… a una mujer rubia con chaqueta de cuero.

—Le dije que llevaría una chaqueta roja —murmuró Autumn.

—Quizá es su amiga.

—Los hombres no sonríen de esa manera a las amigas —replicó Autumn.

—Buena suerte —dijo Clay.

—Lo mismo digo —Autumn se acercó al hombre—. ¿George? —lo llamó.

Éste elevó la mirada y le susurró algo a la otra mujer.

—George Garza —se presentó por fin, estrechándole la mano.

La tenía sudorosa, pero la suya estaba fría, lo cual lo compensaba… Y lo mismo ocurría con la altura.

Recordó que Clay la estaba mirando y que éste había dicho que en menos de treinta segundos podía saber si había alguna posibilidad o no.

No quería ser superficial y juzgar a aquel hombre por su físico, aunque era obvio que él la estaba comparando con la rubia de chaqueta de cuero.

—Bueno, aquí estamos —dijo George. Luego miró en derredor.

Autumn recordaba haber puesto, entre las características del hombre deseado, que éste fuera buen conversador. Y sin embargo…

Aunque tampoco es que ella estuviera siendo un modelo de elocuencia. Debía darle una oportunidad.

—Fue una buena idea lo de ponerte una rosa amarilla —comentó Autumn, advirtiendo que no se trataba de una flor natural. Aquello le dio mala impresión, como si la llevara artificial para que lo identificaran todas sus citas.

—Al final es la mejor manera de que me reconozcan en las citas a ciegas —corroboró él.

—Suena como si ya hubieras hecho esto antes. Para mí es la primera —anunció Autumn.

—Bueno, ya te acostumbrarás —contestó George. Sopló el viento y Autumn sintió un escalofrío.

—¿Entramos? —propuso ella—. Según tu ficha, eres profesor —añadió, por iniciar una conversación.

—Sí.

—¿Qué enseñas?

—Historia del Mundo.

De modo que sabía Historia. Seguro que eso les daría material para charlar sin que se produjeran silencios demasiado largos e incómodos. Una camarera se aproximó.

—Mesa para dos —le pidió George.

—¿Tiene reserva? —preguntó la camarera.

—No.

Autumn se sorprendió un poco, pero no dijo nada.

—Tendrán que esperar un rato —anunció la camarera—. No tenemos mesas hasta las ocho y cuarto. ¿Quieren esperar en el bar?

—No, nos sentaremos aquí fuera —respondió George. Le dio su nombre a la camarera y luego condujo a Autumn hacia un banco de madera.

¿Pretendía esperar más de una hora sentado en un banco? A Autumn no le gustó la idea. Y aún más le disgustó ver entrar a Clay con su pareja.

Era una mujer rubia, con ojos centelleantes y con sonrisa de hoyuelos. Parecían haber conectado.

—¿Te gusta algún periodo de la Historia en particular? —le preguntó Autumn a George.

—No es fácil responder a eso —replicó, sin añadir nada más.

—¿Has hecho algún viaje de investigación? —insistió ella, que no quería prestar atención a Clay.

Pero éste, dada la proximidad entre ambos, debió de oír la tensión de la voz de Autumn.

—Me alegra que os hayáis encontrado —le susurró, tras girarse hacia ella.

—Sí. George llevaba una rosa amarilla. ¿Verdad que es buena idea? —Autumn sonrió con decisión.

—Clayton me ha dicho que le dijera qué tierras me gustaban más de las que se ven desde la terraza ¡y eran las suyas! —exclamó la rubita, emocionada con Clay.

—Julia, te presento a Autumn Reese. Es mi vecina —dijo él.

—Éste es George Garza —respondió ella, poniéndose los cuatro de pie.

Intentó no comparar a los dos hombres, pero le resultó difícil, dadas las diferencias en su físico. Clay era alto, fuerte y se notaba que le daba el aire; por contra, George sólo le sacaba un par de centímetros a Autumn, no era fuerte y parecía vivir en una biblioteca.

—Barnett, ya tienen mesa —les anunció la camarera.

—¿Y vosotros? —preguntó Clay, sorprendido—. Habéis llegado antes.

—Olvidé hacer la reserva —explicó George.

—¿Por qué no venís con nosotros? Le diremos a la camarera que ponga dos sillas más —propuso Clay.

—No queremos molestar, gracias —denegó George.

—Venga —insistió Julia—. Estas citas a ciegas pueden ser un poco incómodas; será más divertido entre los cuatro.

Autumn miró a Clay y con eso bastó para que éste se dirigiera a la camarera. Se conocían demasiado bien.

—Muchas gracias —le dijo Autumn a Julia, la cual sonrió.

—Estaremos muy apretados —protestó George, en vano.

En efecto, casi estaban codo con codo. Pero a Autumn no le importó; sobre todo, porque Julia se encargó de dar conversación a George.

Clay ordenó unos aros de cebolla para todos, como entrante, elección que hizo fruncir el ceño a George, a disgusto con todo.

Cuando Autumn comía fuera, aprovechaba para probar platos que no sabía cocinar; como el pescado no se le daba bien, pidió un salmón marinado. Julia optó por un pollo y Clayton se inclinó por un filete de ternera. George se conformó con una ensalada.

—No me gusta comer mucho en la cena —comentó mientras le devolvía la carta a la camarera.

—Pues si tu comida fuerte es la del mediodía, el cocinero de tu instituto debe de ser mejor que el del mío —apuntó Julia.

Autumn nunca había quedado con ningún hombre que pidiera una ensalada para cenar, y no sabía cómo interpretarlo.

—¿Eres profesora? —le preguntó George a Julia.

—De primaria. Por eso hablo tanto cuando estoy con adultos —respondió, esbozando una sonrisa maravillosa.

—La educación de los primeros años es fundamental —sentenció George.

—Me alegra que pienses eso —replicó Julia, sonriente—. Hay mucha gente que piensa que sólo perdemos el tiempo con los niños.

Mientras Julia y George seguían hablando, Clay y Autumn permanecieron en silencio, intercambiándose miradas.

De pronto, Autumn pensó si no habría puesto lo de buen conversador en el impreso de Clay, en vez de en el suyo, por error. Miró a Julia y luego a Clay, al cual le preguntó con la mirada si sería ésa la mujer de su vida.

Clay miró a la rubia y luego a Autumn, respondiendo con los ojos que quién sabía.

Autumn hizo un gesto, sugiriéndole que se diera prisa si estaba interesado en ella; Clay sonrió, indicando que parecía que Julia prefería a George.

Autumn sonrió. Casi podía oír las palabras de Clay, de bien que se conocían. Ahora le estaba preguntando su opinión acerca de George, y Autumn puso una expresión de espanto, a modo de respuesta.

—Es lo que pasa por poner que no te gustan los deportes —dijo Clay en alto, sin que los otros dos lo advirtieran siquiera.

Después de la cena, la camarera llevó la cuenta y la dejó discretamente en el centro de la mesa.

George, sumido en una perorata sobre la presión a la que su jefe de estudios sometía a los profesores de su centro, no le prestó atención a la factura. Julia, que no se perdía palabra de cuanto él decía, no se dio cuenta.

Clay abrió la cartera, sacó su tarjeta de crédito y la colocó sobre la factura.

—No hay día que no nos recrimine algo —proseguía George, monotemático en sus críticas al jefe de estudios.

—Tiene que ser horrible —comentó Julia.

—Pásame el bolso para pagar —le pidió Autumn a George, para que se diese por aludido.

George no sólo no se negó, sino que le lanzó la sonrisa más sincera de toda la noche ante aquella iniciativa.

—No te preocupes, ya pago yo —dijo Clay, tras pasarle la tarjeta de crédito a la camarera.

—Clay… —protestó Autumn, aunque sabía que era en balde.

—Me lo he pasado de maravilla —dijo Julia, radiante—. Clay… me alegró de haberte conocido. A los tres —añadió, dedicando una mirada especialmente cálida a George.

—Mañana hay una conferencia en el instituto —comentó éste, dirigiéndose a Julia—. ¿Quieres venir? Luego podemos tomar un café —agregó mientras se ponía de pie. Autumn no podía creerse que George tuviese el descaro de quedar con otra mujer delante de ella.

—Me encantaría —aceptó Julia.

—No olvides llevar dinero —le aconsejó Autumn, refugiándose tras la espalda de Clay. Luego salieron del restaurante

—¿Dónde has aparcado? —le preguntó Clay.

—A la derecha.

—George, ¿tú vas en esa dirección?

—No, tengo el coche a la izquierda —se excusó el otro hombre.

—Yo también —coincidió Julia.

—¿Te acompaño? —le propuso George a la rubia.

—Encantado, George —dijo Clay, el cual tuvo que hacer un gran esfuerzo por no soltar una carcajada—. Yo acompañaré a Autumn; así no tienes que molestarte.

—¿Qué? —George pareció recordar que, en teoría, su cita era Autumn— . De acuerdo, adiós. Te pondré bien en la evaluación que tenemos que dar a la agencia —agregó. Luego se giró hacia Julia y echaron a andar.

—¿Tú te crees? —preguntó Autumn, una vez a solas con Clay.

—Venga, vamos a casa —respondió Clay—. Estás a punto de estallar.

—¿Y tú no?

—En realidad me siento aliviado —Clay suspiró.

—Siento haberos fastidiado la velada. Julia parecía muy… agradable.

—Habla demasiado —contestó Clay, incapaz de imaginarse los siguientes cincuenta años junto a aquella mujer tan parlanchina.

—Da gracias a Dios. Si no, no sé qué habríamos hecho con George. ¡Y te ha dejado pagar el muy gorrón! —Autumn abrió su bolso.

—Déjalo ya, Autumn. Yo te invito.

—Clay…

—Dona el dinero a la subasta, si te vas a sentir mejor —insistió él.

—Me estás diciendo que me llevas tanta ventaja que no te importa que done mi dinero, ¿no? —dijo Autumn—. Bueno, al menos te lo he puesto complicado.

—Cuando te adelantaste en La Rosa Amarilla, pasé miedo. Pero la agencia publicitaria ha sido muy generosa —afirmó Clay, el cual admiraba lo competitiva que era Autumn.

Y nunca lloraba si la ganaban. Puede que se enfadara, pero se guardaba su disgusto para ella. Era una rival estupenda, compitiese donde compitiese.

Se había cruzado de brazos, para protegerse del frío de enero. Clay sintió ganas de abrazarla, pero se contuvo.

—¿Sabes lo que creo? —dijo Autumn.

—¿Qué?

—Que ese tacaño no quería cenar en realidad.

—Por eso no reservó mesa.

—Piénsalo: no quería que cenáramos con vosotros. ¡Y pidió una ensalada!

—Quizá no tenía hambre —sugirió Clay, concediéndole el beneficio de la duda.

—Yo creo que tenía pensado pasar la tarde en la terraza del restaurante. ¡Fue él quien eligió Jason, por Dios! A mí me habría valido con una hamburguesa en cualquier sitio.

Clay se decidió a pasarle un brazo alrededor de la cintura. Autumn no se retiró, pero anduvo en silencio.

—¿Era tu mejor emparejamiento? —le preguntó él.

—No, gracias a Dios. Lo estaba usando para practicar. ¿Y Julia?

—Sí.

—No estaba tan mal. Lo de hablar mucho sería cosa de nervios.

—¿Nervios durante dos horas? Ni que fuera una potra histérica.

—Por favor, no hables de las mujeres como si fuesen caballos. Sabes que no lo soporto.

Lo sabía, y lo había dicho para picarla, por la inercia de la costumbre.

—Mi primer emparejamiento no tenía un porcentaje mucho más alto que el de George —prosiguió Autumn—. Espero que no sea mala señal.

—¿Estás pensando en rajarte?

—Ni hablar —denegó ella.

Subieron por las escaleras que, saliendo del nivel del río, daban a la carretera. Cuando llegaron al Ford negro de Autumn, él la miró mientras quitaba el seguro de la puerta.

—¿Qué tal es el motor de este coche? —le preguntó.

—Podía ser mejor.

—¿Sabes? Echo de menos tu antiguo Buick.

—Yo también, pero ya estaba muy viejo.

—Recuerdo la noche que tus padres te lo regalaron —dijo Clay con calma. Autumn se quedó en silencio—. Era una noche despejada y fría, como la de hoy.

Y Clay se había sentido abochornado al oír hablar a los mayores sobre sus hormonas. Le daba vergüenza que su padre se hubiera dado cuenta de la atracción que sentía hacia Autumn. Debía haberle quitado importancia, reírse y hacer algún comentario al respecto; pero entonces sólo tenía diecisiete años y no había sabido qué decir… por lo cual seguía pagando.

—Hace frío, sí —dijo Autumn, con una sonrisa tensa—. No veo tu camión.

—Está fuera del aparcamiento.

—¿Tan lejos? —preguntó. Clay asintió—. Sube, te acerco.

Clay obedeció, más por seguir junto a Autumn, que porque le molestase el paseo.

—Espera que arranque y te sigo a casa —le dijo él, una vez en su camión, antes de cerrar la puerta.

—No hace falta —replicó Autumn, tras bajar la ventanilla.

—Ya, pero quiero hacerlo —concluyó.

Ver los faros de Clay por el retrovisor le recordó todos esos viajes desde San Antonio a Fort Worth, ida y vuelta, cuando iban juntos al instituto. Sus padres habían insistido en que Clay la siguiera y éste se había tomado con mucha seriedad velar por la seguridad de Autumn en la carretera.

No siempre se había portado bien con él en aquellos tiempos. En una ocasión, había conducido muy despacio para irritarlo, hasta alargar en más de una hora un trayecto de tres cuartas. Y otras veces se había desviado de improviso para que Clay le perdiera el rastro.

Ahora se sentía segura, sabiendo que él la seguía. ¿De verdad lo hacía porque quería?, ¿o seguía considerándolo como una responsabilidad?

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: George Garza.

ACTIVIDAD REALIZADA: Cenar.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: Jamás.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: Es un roñoso aburrido que debería ser eliminado de la base de datos para que ninguna mujer tenga que sufrir una cita con él.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: Sin duda: no tiene personalidad. No sé cómo logró rellenar el impreso de solicitud.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Julia Holbrook.

ACTIVIDAD REALIZADA: Cenar.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: Quizá.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: No creo que pueda juzgarla debidamente, pues coincidimos con otra pareja.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARACTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: Es muy parlanchina. Me gustan las mujeres que saben cuando deben callar y qué es lo que estoy pensando antes incluso de que yo lo sepa. Aunque eso no puedo echárselo en cara a Julia. Es pedir demasiado a una primera cita. Tendrían que conocerme desde hace años para alcanzar ese tipo de relación.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 4

FAX

A: D. Reese, Reese Ranch.

De: N. Barnett, Golden B Ranch.

Habla con Autumn y entérate de por qué está viéndose con otros hombres.

Nellie.

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, Golden B.

De: Debra Reese, Reese Ranch.

¿Qué quieres que haga si Clayton se pone a salir con otras mujeres delante de ella?

Debra.

AUTUMN tenía jornada completa los martes, lo que obligaba a su madre a atender a las tareas del hogar matutinas ella sola. En compensación, Autumn le preparaba el desayuno antes de marcharse, para que lo tuviera listo cuando se levantase.

Pero cuando esa mañana entró en la cocina, Autumn se encontró a su madre bebiendo un café, con la vista perdida en la ventana. Llevaba ropa de trabajo y, a juzgar por la humedad de las botas, ya había estado en la calle.

—¿No podías dormir? —le preguntó la hija.

—Me he despertado temprano y no me apetecía quedarme en la cama — respondió Debra—. ¿Qué tal la cita de anoche? —le preguntó con voz cansina.

—Fue espantoso —Autumn se extendió en detalles, con la esperanza de compartir unas risas con su madre, pero ésta ni siquiera sonrió.

—¿Dónde lo conociste?

—Fui a La Rosa Amarilla para pedirles un donativo y, mientras estaba allí, me inscribí. Clay hizo lo mismo —respondió, consciente de que aquello no iba a gustarle a Debra.

—¿Por qué? —quiso saber ésta.

Si no se marchaba en menos de veinte minutos, podría llegar tarde. El problema no era la distancia, sino el tráfico de la hora punta.

Aunque la gente pensaba que San Antonio era un pueblo escondido, era en realidad una ciudad grande, a la que más turistas iban en Texas, con todos los atascos consiguientes.

Pero aunque no era el momento de mantener esa conversación, Autumn sospechaba que no le quedaría más remedio que encararla. Por primera vez en años, parecía que su madre estaba dispuesta a escucharla.

—Se nos ocurrió que sería buena idea conocer a otras personas.

—¿Por qué?

—Ya sé que tú, los padres de Clay y todo el mundo espera que Clay y yo nos casemos; pero nosotros no.

—¿Os habéis peleado?

—No —Autumn se sirvió demasiada leche en su café y tuvo que calentarlo de nuevo en el microondas—. Simplemente, nunca hemos pensado en casarnos. Jamás.

—Pero vosotros os queréis.

—Puede que como hermanos —matizó Autumn, obviando la mirada de deseo que Clay le había dirigido en La Rosa Amarilla—. Desde luego, nos peleamos como si lo fuésemos.

—Ya veo —dijo Debra. La luz grisácea de la mañana resaltaba las canas de su cabello. Sólo tenía cincuenta años, pero tras la muerte de su marido, había envejecido mucho.

—¿Y Clayton piensa igual?

—No sé —respondió Autumn.

—Entonces deberías hablar con él —dijo la madre, con un rayo de esperanza.

—¡No! —se opuso Autumn—. ¡No hay nada de qué hablar! ¿Es que no lo entiendes? No sé a quién se le ocurrió que acabaríamos casándonos; pero no fue a nosotros, desde luego. ¿Sabes lo molesto que es que me pregunten todo el tiempo por nuestro futuro?, ¿que nos traten como si fuéramos novios? Es como si ya hubierais decidido mi vida por mí. ¡Pues no, mamá! ¡Quiero elegir mi propia vida! —estalló, tras muchos años de aguantar en silencio.

—A veces la vida elige por nosotros —dijo Debra sin más, en alusión a su difunto marido.

—Lo siento, mamá —insistió Autumn, al tiempo que le daba un abrazo.

—No, soy yo quien lo siente. No pretendía presionarte para que te casaras con Clay. Sólo pensaba que… —dejó la frase colgando—. Bueno, ¿qué tal la cita de Clay? —añadió luego. Autumn le habló de Julia.

—Pero Clay cree que habla demasiado —comentó finalmente.

—Estaría nerviosa. Seguro que estará más calmada la siguiente vez —dijo la madre.

—No habrá siguiente vez.

—¿De veras? Parecía muy agradable, por lo que me has contado.

—Y yo creo que lo es. Pero no es el tipo de Clay.

—Bueno, estoy segura de que encontrará a alguien —repuso Debra—. ¿Sabes? Me parece que Jackie Dutton siempre ha estado enamorada de Clayton.

—¿Clay y Jackie Dutton? —Autumn trató de figurárselos emparejados—. No me pega.

—¿Por qué no?

—Porque… porque no es adecuada para él, por eso.

—Llamaré a la madre de Jackie —dijo Debra de todos modos.

—¡Mamá! ¡No me digas que vas a intentar liar a Jackie con Clay!

—¿Qué más te da? Me has convencido de que no quieres nada con él, y eso lo convierte en el mejor soltero de San Antonio.

El mejor soltero estaba con su madre, tomando unos huevos revueltos.

Nellie Barnett era rubia y bajita y no cocinaba salvo cuando estaba preocupada. Clayton miró el desayuno, preparado sobre la mesa.

—¿Te apetece una pera? —le ofreció la madre, con un cuchillo en la mano que invitó a Clay a asentir. Nellie se la partió en pedacitos y se sentó junto a él.

Miró fijamente hacia su plato, para evitar el escrutinio de su madre. Ya era un hombre adulto, pero Nellie tenía una mirada en concreto que le hacía sentirse incómodo, aun cuando no había hecho nada malo.

Suponía que, en esa ocasión, se debía a la cita de la noche anterior. Se atrevió a mirar a Nellie y vio en su rostro la misma expresión que cuando había invitado a Kristin a casa el día de Acción de Gracias.

—Tengo entendido que anoche tuviste una cita —arrancó por fin.

—Sí.

—¿Lo sabe Autumn?

—Estaba allí.

—Ah, entonces… —Nellie se relajó.

—Con su cita —añadió Clay.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo los dos? —preguntó la madre, disgustada.

—Quedar con otras personas.

—¿Por qué?

—Por lo que suelen quedar dos personas en una cita a ciegas.

—Las personas se citan para buscar pareja. Autumn y tú ya os tenéis el uno al otro.

—Ahí es donde la verdad difiere de lo que todo el mundo piensa. Por mucho que quieras, nosotros no lo vemos igual.

—¿Y cómo lo veis?

—Yo veo que Autumn no piensa en mí como marido —respondió Clay, aunque le doliera aceptarlo.

—¿Le has dado alguna razón para que piense en ti como marido?

¿Para qué? Autumn sabía dónde encontrarlo. Y cada vez era más embarazoso que todos los vieran como si fuesen novios. Ella se sentía presionada y él… prefería no pensarlo.

—Queremos cosas distintas de la vida. Ella quiere trabajar en lo suyo cuando termine la carrera de Derecho.

—¡Puede trabajar aquí! Todos… todos pensábamos que era buena idea que estudiase y trabajase, para cubrir los gastos de los años malos en la vaqueriza. Clay… todo iba a ser tan perfecto…

—Ya sé lo que vosotros y los padres de Autumn queríais, mamá. Pero preferiría que no insistierais —repuso él.

—¿Ella la conoce?

—¿A quién?

—A la chica con la que cenaste anoche —especificó Nellie. Clay denegó con la cabeza—. Entonces, ¿dónde la conociste?

A pesar de que se le estaba enfriando el desayuno, se resignó a explicarle la idea de inscribirse en La Rosa Amarilla.

—¿Y qué tal la cita de Autumn? —prosiguió la madre.

—Un horror —respondió Clay, sin poder evitar una sonrisa.

—Bueno, date prisa y termina —dijo Nellie de repente—. Tu padre te está esperando en el establo.

—Voy a ayudarlo —respondió Clay, levántandose al instante de la silla. Luego se alejó a paso ligero, satisfecho de zanjar aquella conversación sobre Autumn.

No es que le apeteciera ayudar a dar a luz a las vacas, pero, sin duda, era mejor que discutir con su madre.

Una vez en el establo, se encontró a su padre, el cual se estaba lavando los brazos con desinfectante.

—¿Te ayudo? —propuso Clay.

—No soy tan viejo como para no arreglármelas solo, pero tampoco tan joven como para rechazar que me eches una mano —respondió Hank—. ¿Has hablado con tu madre? —le preguntó luego.

—Sí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Hijo, Ben murió hace más de un año, y Autumn no ha vuelto a la universidad. ¿A qué estás esperando?

—Autumn volverá a la universidad este verano.

—No lo haría si tuviese que organizar una boda.

—Cierto. Pero no piensa casarse conmigo.

—¿Me estás diciendo que te ha rechazado?

—Nunca se lo he propuesto.

—Clayton…

La vaca se movió y Hank hizo un gesto para que Clay la sujetara y apretase con fuerza. El padre comenzó a tirar con cuidado y fue sacando las piernas y la cabeza de una vaquita.

—Mira, una nueva vida —dijo Hank, cuando hubieron terminado, después de tomar aliento.

—Sí.

Daba igual las veces que se repitiera el círculo; el nacimiento de un ser vivo siempre le producía una sensación de serenidad a Clay. Vivía de la ganadería y todo lo relacionado con ésta le parecía sagrado, aunque hubiera que trabajar duro para que los animales pasaran de generación en generación.

—Respecto a Autumn… —continuó Clay—. Sé lo que todo el mundo esperaba… pero no sucederá.

—¿Estás seguro?

—Bastante —respondió a su pesar.

—Es una pena —se lamentó Hank—. Esto cambiará las cosas un poco.

FAX

A: Debra Reese, R. Ranch

De: N. Barnett, G B Ranch

¿Qué ha pasado?, ¿cómo es posible que se inscribieran en La Rosa Amarilla y no salieran emparejados? Debe de haber sido un error. Voy a llamar a la agencia para que vuelva a considerar los impresos con los que unen a la gente. Mientras tanto, ¿hablamos con Clay y Autumn para que entren en razón?

Nellie.

https://www.facebook.com/novelasgratis

FACSIMILE

A: Nellie

De: Debra

Parece irremediable, pero yo creo que no lo es. De momento, sigámosles la corriente.

D.

FAX

A: D.

¿Te has vuelto loca?

N.

FACSIMILE

A: N.

Tú tranquila. Confía en mí.

P.D: No te olvides de la barbacoa y el concurso de salsas del sábado.

Autumn odiaba la idea de cocinar una salsa para la barbacoa del sábado. Era un desastre en la cocina, en general. Sus bizcochos se rompían siempre y las galletas le salían duras.

Autumn no conseguía aprender los secretos del arte culinario. Era incapaz de preparar un buen chili, por ejemplo, mientras que a Debra le salían riquísimos.

Y todos estaban al corriente de su ineptitud en la cocina, de modo que, aunque presentase como propia una salsa de su madre, no engañaría a nadie.

Todos los equipos que recaudaban fondos para la subasta iban a reunirse por última vez antes de la subasta. Se habían citado en el aparcamiento del Coliseo Freeman, para celebrar una barbacoa.

Y Autumn iba a conocer a su pareja de mayor porcentaje: Morgan Dooley invertía en la Bolsa y se había criado en San Antonio. Le pareció un hombre normal cuando lo llamó por teléfono; no tan silencioso como George.

Se había puesto una camisa roja con unos vaqueros negros y un sombrero de vaquera. Iban a verse en una barbacoa y habría resultado incómodo elegir ropa elegante.

Morgan debía aparecer a la una y media en la entrada del coliseo, pero Autumn se había adelantado un poco. Miró en derredor y trató de localizar a su cita.

Por suerte, el sol había salido y no hacía frío ni calor. Uno de esos días que se echaría de menos durante el sofocante mes de agosto. Autumn se apoyó contra la verja de la entrada y, segundos antes de la una y media, apareció una mujer alta, con falda de algodón y sombrero, la cual miró la hora y miró los alrededores.

Llevaba en el sombrero una rosa amarilla, y Autumn tuvo un mal presentimiento sobre la persona con quien esa mujer iba a encontrarse.

Justo en ese momento apareció un hombre con vaqueros nuevos y una camiseta abierta por el cuello:

—¿Autumn?

—¿Morgan?

Éste se quitó las gafas de sol y sonrió. Sus ojos azules resaltaban en aquella tez tan bronceada. Era un rostro agradable y su sonrisa aumentaba su atractivo.

—Eres la primera mujer que me llama de La Rosa Amarilla desde hace varias semanas —confesó él—. Y debo decir que ha merecido la pena la espera.

—¿Qué pasó con las anteriores citas?

—Salí con la primera durante tres meses. Cuando llamé a las otras dos, ya estaban ocupadas.

Le gustaba aquel hombre, de modo que, tras hablar un rato, decidió llevarlo a que conociera a su madre, la cual se mostró encantadora, para sorpresa de Autumn. Era como si jamás hubiera pensado en Clay como futuro yerno.

—Gracias, mamá —le susurró Autumn, antes de alejarse de Debra para seguir con Morgan.

—Hay que acostumbrarse a las nuevas situaciones —dijo la madre—. Venga, cuidado no vaya a cansarse de esperarte —añadió, en alusión a Morgan.

—Estaré ocupada con la barbacoa durante las siguientes dos horas —dijo Autumn, ya a la busca de Morgan.

Una vez allí, cada uno se puso sendos delantales, los cuales quedaban espantosos con la ropa que llevaban debajo.

—Si mi madre me viera con esta pinta —dijo Morgan, sonriente.

Durante la siguiente hora, trabajaron codo con codo repartiendo costillas de la barbacoa. Autumn ni siquiera había tenido tiempo de probar una.

Morgan, a pesar de haber pasado fuera de San Antonio quince años, no había perdido el tino con la parrilla.

Luego prepararon unas salsas para las costillas, cada uno una receta particular, las cuales estuvieron listas a las tres y media, para que las degustaran los jueces. Al final, Autumn no había querido llevar la salsa que había preparado su madre.

Con todo, tenía esperanzas de ganar en esta ocasión… hasta que vio que uno de los cinco miembros del jurado era el mismísimo Clay Barnett, el cual llevaba colgada del brazo a la mujer de la rosa amarilla.

Clay no había reparado en Autumn, de modo que ésta pudo observar cómo se reía y hablaba con su cita. Daba la impresión de que se sentía a gusto con esa mujer.

Luego miró a Morgan, que estaba de pie, a su lado. Alguien lo había reconocido y él extendió la mano para saludarlo, sonriente.

—Muy bien, amigos, estamos listos para el concurso de salsas. Después del veredicto del jurado, todos aquellos que quieran una segunda opinión, pueden probarlas pagando diez dólares. Pero antes de empezar, un fuerte aplauso para nuestros cocineros —solicitó Fred Chapman, hablando por un altavoz—. Morgan, ¿cómo no me habías dicho que estarías aquí? —le preguntó luego, al ver a la pareja de Autumn.

Morgan contestó algo a gritos, pero ella no escuchó. No podía evitar fijarse en Clay, el cual le sostuvo la mirada y la saludó con la cabeza. Quizá no hubiera caído en que Morgan era su cita.

—Vamos, no te quedes atrás —le dijo éste entonces, al notar que estaba monopolizando la atención del público. Y la rodeó con un brazo por la cintura.

En ese momento, la cita de Clay le dijo algo al oído, y éste tuvo que agacharse para poder oírla. A Autumn no le gustaba la familiaridad con que esa mujer le ponía la mano sobre el brazo.

Los jueces comenzaron su degustación de salsas y Autumn miró con nerviosismo su plato, el número diecisiete. Era una salsa más oscura que las demás, debido a los jalapeños, y su aspecto parecía gritar que la cocinera era Autumn.

—Muy rica —comentó un miembro del jurado, al probar la salsa número seis.

Autumn le indicó a Clay con la vista el número de su plato. Luego le llegó el turno al número diez. Autumn se mordió el labio inferior y sonrió con nerviosismo al ver que los jueces se chupaban los dedos. A Clay pareció gustarle.

Y, como si sucediera a cámara lenta, se dispusieron a probar la salsa número diecisiete.

—¡Guau! —exclamó un miembro nada más catarla—. ¡Vaya! —añadió mientras buscaba con la mano un vaso de leche que le quitase el picor.

Lo mismo dijeron, con otras variaciones, los demás miembros del jurado; salvo Clay, el cual, nada más tomar la salsa, gritó:

—¡Autumn! —luego se acercó a ella—. ¿Lo has hecho adrede?

—Es una receta personal —replicó Autumn, elevando la barbilla.

—De eso no hay duda —Clay tosió—. Deberían usar esto para desatascar carburadores.

—Oye, no tienes por qué insultarla —intervino Morgan.

—¿Has probado la salsa?

—No —respondió Morgan—. Pero pienso hacerlo ahora mismo —añadió, marchándose acto seguido para probarla.

Se puso dos costillas en un plato y, nada más morder un trocito, puso un gesto de espanto. Luego escondió el resto de la carne y comenzó a dar una vuelta para hacer tiempo, como si estuviera empleándolo en comer las costillas.

El jurado se tomó unos minutos de descanso, para poder reponerse de la salsa diecisiete.

—Has asustado a mis compañeros de jurado —le regañó Clay.

—¿Tanto picaba? —preguntó la cita de él.

—No te lo imaginas —replicó Clay—. Courtney, te presento a Autumn. Somos vecinos de toda la vida. Courtney es de la agencia de publicidad que va a preparar la portada de la revista con el informe de la subasta —añadió.

—Entonces, ¿no es una cita de La Rosa Amarilla? —se sorprendió Autumn.

—Sí lo soy —se adelantó Courtney, al tiempo que agarraba a Clay por un brazo—. A mí me gusta el picante; ¿puedo probar tu salsa? —añadió.

—No lo hagas, Courtney —la advirtió Clay.

—No debe de estar muy bien —se resignó Autumn—. Yo todavía no la he probado —confesó.

—Anda, venga, dame un poco —insistió Courtney—. Sí… sí que es picante; pero basta con que pongas unos jalapeños menos y otra pimienta y tendrás una salsa estupenda. La textura es perfecta — aseguró después de probarla.

—Gracias —dijo Autumn, la cual no quería que esa mujer le cayese bien—. Pero, de momento, creo que he estropeado unas cuantas costillas con mi salsa.

—Puede que no —respondió Courtney—. Todo depende de cómo las vendas. Proponlo como un reto… ¿Tienes un papel? —preguntó después de pensar un segundo.

Autumn miró alrededor y le dio un pedazo que vio suelto. Courtney lo agarró y escribió: ¡Las costillas más picantes, para los más atrevidos! ¡Demuestra tu valor! Y colgó el papel en el tenderete.

—Nadie picará —comentó Clay, justo antes de que se acercara un hombre vestido de vaquero.

—¿Ésta es la salsa que detuvo al jurado? —preguntó. Autumn asintió y el hombre probó una costilla—. ¡Guau!, ¡no había comido algo tan picante en cuarenta años! —exclamó. Se sirvió dos costillas más y se marchó.

—¡Autumn! —la llamó Morgan desde lejos—. Perdona que no haya vuelto antes: tus costillas estaban estupendas —añadió, tras reunirse de nuevo con ella, en una mentira piadosa.

Autumn no ganó el concurso, pero no le importó, porque, con diferencia, sus costillas habían sido las más vendidas, por encima de las que el jurado había elegido como las más ricas.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Morgan Dooley.

ACTIVIDAD REALIZADA: Barbacoa.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: No.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: ¿Cómo puedo salir con alguien en quien no puedo confiar?

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: Es mentiroso.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Courtney Vaughn.

ACTIVIDAD REALIZADA: Barbacoa.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: No.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO? No tiene sentido perder el tiempo cuando no hay futuro.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: ¡Su familia cría ovejas! Jamás nos compenetraremos. Es como tener religiones diferentes.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 5

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, Golden B.

De: Debra Reese, Reese Ranch.

Conocí a la chica con que se citó Clay. Parecía agradable. Adivina con quien estaba Autumn: con Morgan Dooley, el inversor de Bolsa. He oído muchas cosas sobre él, y creo que no eran exageraciones. Es un hombre encantador y, desde luego, no le falta dinero. Parecía cautivado por Autumn.

Un abrazo, Debra.

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

Querida Debra:

Sí, yo también había oído hablar de Morgan. Y ya veo que conociste a Courtney Vaughn. ¿Verdad que es muy guapa? Trabaja en una agencia de publicidad. Clay dice que está preparando la portada de la revista para la subasta. Tranquiliza saber que un trabajo tan importante está en buenas manos.

Besos, Nellie.

AUNQUE Morgan lo había decepcionado, Autumn estaba satisfecha con el cambio de actitud de su madre y de los amigos en general. Por eso no le importó aceptar cuando Clay le ofreció llevarla, el domingo por la noche, a una reunión para saber cuánto dinero había recaudado cada equipo.

Después de todo, los dos se dirigían al mismo sitio y no tenía sentido gastar gasolina.

Y también habían cambiado las cosas con Clay. Por ejemplo, en vez de avisarla de su llegada tocando el claxon de su camión, se bajó de éste y pulsó el timbre de casa. Y luego le abrió la puerta del camión, para que subiera.

—Ya veo que Courtney te está enseñando modales —dijo Autumn, para iniciar sus habituales duelos verbales.

—No he vuelto a verla —respondió Clay—. Y yo sólo le abro la puerta a las damas.

Luego rodeó el camión, subió, se puso el cinturón de seguridad y arrancó.

—¿Vas a quedar más con ella? —quiso saber Autumn.

Habían avanzado unos metros y Clay la miró de reojo.

—No creo que sea asunto tuyo —respondió.

—¡Sólo intentaba sacar un tema de conversación!

—¿Seguro?

—Sí. ¿Qué te creías?

—Creo que hace años que no tenemos una conversación —contestó con calma.

—¡Si no paramos de hablar! —repuso Autumn.

—Intercambiar pullas no es hablar.

—Si te molestaba, podrías haberlo dicho.

—¿Para darte más munición con que atacarme? No, gracias.

Si eso era una conversación, a Autumn no le gustaba. Clay no sonreía y estaba muy callado.

Había un ambiente frío y silencioso dentro del camión.

—Mamá está pensando en pintar la cocina —comentó ella, por romper la tensión.

—¿Amarillo de nuevo, o va a cambiar de color?

—Está pensando en pintarlo todo de blanco. Dice que sentará bien —contestó, consciente de que no era un tema por el que Clay se interesara—. Creo que tus vacas han empezado a parir —se le ocurrió añadir.

—Los últimos dos años se han adelantado. Bueno, así les sacaremos partido antes y cubrirán de sobra los gastos del invierno siguiente.

No es que la apasionara, pero era un tema más atractivo que el de los colores de su cocina. Pero… ¿es que Clay sólo pensaba en la vida del ganadero?, ¿no podían hablar de otra cosa? Todavía quedaba media hora hasta llegar a San Antonio.

—Genial —respondió por fin, pues sabía que si Clay no le sacaba beneficio al cuidado de las vacas, éstas le harían perder dinero—. ¿Alguna vez has pensado en hacer algo que no esté relacionado con la ganadería? —se atrevió a preguntar después, llevada por un impulso.

No debería haberle ofrecido ir juntos. Tres cuartos de hora a la ida y a la vuelta, a solas con Autumn, lo volvería loco.

Se había rizado el pelo. Le gustaba cuando se lo rizaba, aunque también cuando lo llevaba liso o recogido bajo un sombrero vaquero. Dado que no se lo rizaba con frecuencia, lo más probable es que hubiese quedado esa noche con Morgan Dooley.

Todos los ganaderos de la zona habían oído hablar de ese hombre, aunque no lo conocieran en persona. No pensaba que Morgan fuese el tipo de hombre que se inscribe en La Rosa Amarilla, pero Clay tampoco habría imaginado nunca que acabaría apuntándose él mismo.

Morgan era un hombre de ciudad, que conduciría un buen coche lo más probable y tenía mucho dinero. Si eso es lo que Autumn buscaba, Clay no podía competir con él.

Su vida estaba ligada al rancho. Y ahora le iba Autumn con esa pregunta sobre si había pensado hacer algo que no estuviese relacionado con la ganadería.

—Me encanta esta vida —respondió por fin—. Me gusta sentirme cerca de la naturaleza. Me gusta la tranquilidad, trabajar con los animales y ser mi propio jefe.

—¿Y nunca te has sentido atrapado porque tu familia espera que sigas adelante con el cuidado de las tierras?

—Al contrario. Me he sentido afortunado. Para mí cuidar la tierra y el ganado es como un encargo divino. Tengo la responsabilidad de preservar la integridad de la tierra mientras me sea prestada, y el deber de

transmitírsela a la siguiente generación mejor de lo que la recibí —contestó Clay—. Siempre creí que a ti te ocurría lo mismo.

Un encargo divino. Así la veía Clay a ella; como algo que formaba parte de su vida y que él aceptaba sin rebelarse contra el destino. No era más importante que… su ganado.

—Claro que me gusta esta vida, pero no soporto pensar que me han organizado todo mi futuro. Tengo ganas de hacer otras cosas.

—¿Como terminar los estudios de Derecho?

—Sí —respondió—. El Derecho me gusta.

—Así que vas a volver a la universidad este verano definitivamente.

—Odio tener que abandonar a mamá, pero es ley de vida separarse de los padres.

Luego consiguieron hablar con fluidez y, para cuando hubieron llegado a San Antonio, Autumn había logrado arrancarle una sonrisa a Clay.

—¡Autumn! —la llamó emocionada una de las chicas de Besos y Puercos—. He conseguido que la cadena de Panaderías Branigan contribuya con una donación estupenda—le anunció.

—¡Fantástico! —exclamó Autumn, cuyo corazón se aceleró—. Igual hasta conseguimos ganar —añadió, tratando de recordar si Clay le había mencionado la cuantía de la donación de la agencia publicitaria. Justo en ese momento, se la acercó Jackie Dutton.

—Hola, Autumn… ¿puedo hablar un momento contigo?

Autumn se excusó y siguió a Jackie hasta un extremo de la habitación.

—Sabes que odio los cotilleos —prosiguió Jackie, famosa por lo cotilla que en realidad era—. Pero hay quien dice que… Y mi madre ha hablado con la tuya… en fin, os conozco a Clay y a ti de toda la vida y no me gustaría que me acusaran de… ¡Autumn, no me estás ayudando nada!

—¿De qué estás hablando?

—¿Has roto con Clay? —le preguntó sin rodeos.

—Sí —contestó tajante—. Totalmente. Para siempre.

—Entonces… ¿Clay está libre?

—Sí, pero será mejor que no te precipi…

Jackie ya se había marchado a la caza de Clay.

Autumn regresó con las chicas de su equipo, algo apenada porque los hombres no se pegaran por hablar con ella, igual que las mujeres con Clay.

Vio que Jackie estaba riéndose de alguna ocurrencia de Clay, al cual no parecía importarle que le estuviera tocando el brazo. Se obligó a no mirar.

Sacó su calculadora y se dispuso a sumar el total de las donaciones obtenidas por Besos y Puercos. Entre tanto, el resto de las chicas se fueron marchando de la mesa, en cuanto abrieron el buffet.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó de repente Morgan.

—Hola… —Autumn se sintió culpable por la evaluación que de él había hecho, aunque aún no la hubiese mandado a la agencia—. Un refresco, si haces el favor.

Autumn se preguntó qué estaba haciendo allí Morgan. Luego miró a Jackie, la cual se había pegado a Clay y no se apartaba de él ni un segundo.

«Como siga así de pesada, la voy a despegar yo misma de un empujón», pensó Autumn… ¿A qué venía tanta violencia?, se extrañó luego.

—No sabía que formaras parte de ningún equipo —le dijo a Morgan, cuando éste hubo regresado.

—No pertenezco a ninguno… oficialmente al menos —sonrió él.

Entonces, ¿qué hacía en esa reunión? Autumn estaba segura de que había ido a verla a ella y el hecho de que alguien le prestase atención le resultaba halagador. Por otra parte, no es que hubiera mentido acerca de su salsa; simplemente, no había querido herirla.

Mientras procuraba dejar de sentirse culpable, Fred Chapman anunció a los cinco mejores equipos por un altavoz:

—En el quinto puesto, Tira de la Carreta —se oyeron aplausos y comentarios animados. Autumn sabía que ese equipo había conseguido menos dinero que el suyo—… Cerdos y Rosas… Los Cerdos Voladores y, en segundo lugar, ¡Puercos y Besos!

El grupo de Autumn gritó de alegría. No había superado a Clay, pero lo habían hecho muy bien para ser la primera vez.

—Y el ganador, con un total de…

—¡Un momento! —interrumpió Morgan—. He disfrutado tanto de la compañía de estas señoritas que voy a realizar una donación ahora mismo. Quiero que ellas sean las ganadoras —añadió. Autumn se quedó boquiabierta.

—Morgan, apreciamos tu generosidad; pero hay una diferencia de dos mil setecientos dólares —dijo Fred, tras hacer la operación con la calculadora.

—Insisto —Morgan sacó su chequera y le extendió un cheque a Fred.

—¡Vaya, Morgan! ¡Esto sí que es generosidad! —alabó Fred—. Damas y caballeros, acabo de recibir un cheque por ¡cinco mil dólares!

Las chicas del equipo Besos y Puercos, con excepción de Autumn, gritaron y saltaron de sus asientos.

Tras proclamar campeón al equipo de Autumn, quedando relegado al segundo puesto el de Clay, ella buscó a éste con la mirada.

Clay sonrió y luego se giró hacia otro lado. Autumn quiso acercarse a él, pero el jurado les entregó el trofeo de ganadoras y luego tuvieron que posar para los fotógrafos.

Se sentía muy incómoda. No había querido ganar de esa manera, ni le había gustado la mirada azul que Morgan le había dirigido.

—¿Qué te parecemos si nos vamos a algún sitio a celebrar esto? —le propuso éste, tocando el trofeo, cuando por fin se fue yendo la gente.

—Gracias, pero esta noche he venido con Clay.

—Yo te llevaré a casa.

—Vivo a más de tres cuartos de hora —Autumn rió—. Se desvía mucho de tu camino.

—Será un placer —insistió Morgan—. Aunque preferiría que decidieses no hacer ese viaje tan largo esta noche.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Autumn.

—Yo vivo a cinco minutos escasos de aquí, labios picantes.

—¿Labios picantes?

—Así es como te llaman desde el sábado —replicó Morgan, sonriente.

—Supongo que eres consciente de que se refieren a la salsa de la barbacoa, ¿no? —preguntó Autumn, con tono helador—. Gracias por la donación, pero tengo que encontrar a Clay —añadió. Luego se dio media vuelta.

—¡Oye! —Morgan la sujetó por un brazo—. Acabo de gastarme cinco de los grandes en ti.

—¡Yo no estoy en venta! —replicó Autumn.

—Lo sé —dijo él, con voz cariñosa. Pero Autumn no se dejó engañar. Sabía que Morgan había intentado comprar su afecto, y eso la indignaba—. Vamos, sólo quería pasar un poco de tiempo contigo.

—No lo creo —resistió ella.

—¿Así es como agradeces las donaciones de tus amigos? —Morgan rió.

—Tu donación no te da derecho a disponer de mí como te dé la gana —respondió Autumn.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No —respondió ella, buscando a Clay con la mirada.

—Está bien, como quieras. Pero déjame al menos que te lleve a casa.

—Yo…

—Autumn, ¿nos vamos? —le preguntó de repente Clay.

—Acabo de convencerla para que me deje llevarla yo a casa —se adelantó Morgan.

—Morgan…

—Ha venido conmigo —dijo Clay—. Y volverá conmigo.

—Sólo intentaba hacerte un favor, Barnett —respondió Morgan. Autumn no había pensado que quizá Clay quisiera quedarse con alguna chica.

—Si de verdad quieres hacerme un favor —repuso éste—, ve a hablar con Jackie Dutton. Creo que quería que alguien la llevara a casa.

—Clay, creo que has malinterpretado la situación —afirmó Morgan.

—Entiendo la situación perfectamente.

—Morgan, en serio, te agradezco mucho la donación y que te ofrezcas a llevarme —intervino Autumn—; pero me voy a ir con Clay.

—Autumn…

—Vámonos, Clay —le pidió ella.

—Me gustaría hablar con Autumn sin que tú te entrometas —insistió Morgan.

—Me parece que no tienes claro a qué te autoriza haber donado esos cinco mil dólares —espetó en tono agresivo.

—Ah, ahora lo entiendo —Morgan sonrió—. Estás resentido porque puedo extender un cheque por cinco de los grandes y tú no.

—No digas tonterías, Morgan —lo recriminó Autumn—. Clay, voy al camión —echó a andar, pero al ver que no la seguía nadie, se detuvo y se dio media vuelta.

Clay y Morgan parecían estar a punto de llegar a las manos. Las pocas personas que aún no se habían ido miraban la escena con morbo.

—Clay —lo llamó Autumn, desde la puerta. Luego salió, con la esperanza de que él tuviera el suficiente juicio como para seguirla.

Tuvo que esperarlo junto al camión, pues el seguro de la puerta estaba echado. Deseó que no se hubieran enzarzado en una pelea, y cuando por fin vio aparecer a Clay, suspiró aliviada.

Sin decir una palabra, le abrió una puerta y luego entró en el camión. Era evidente que estaba enfadado.

Autumn se colocó el trofeo sobre la falda. Ya estaban saliendo de San Antonio cuando Clay rompió el silencio:

—Empiezo a cansarme de salvarte de los líos en los que siempre te estás metiendo.

Autumn se quedó boquiabierta. ¿Estaba enfadada con él?

—¿Líos? Yo no me meto en líos.

—No sé qué le habrás dicho a Dooley, pero…

—¡No le he dicho nada!

—Él pensaba que estarías tan agradecida por su gesto que…

—Yo no tengo la culpa de lo que él piense —lo interrumpió.

—Bueno, ya no sigue pensándolo.

—No… no le pegaste, ¿verdad?

—No. Pero captó el mensaje.

—¡Mira que sois estúpidos los hombres!

—No te parecía tan estúpido cuando me miraste pidiendo ayuda.

—Yo no… Me las habría arreglado sola. No tenías por qué ponerte tan agresivo.

—¿Y qué querías que hiciese?

—¡Quería que dejaras tu harem de adoratrices y me llevaras a casa! ¡Creía que te ibas a marchar con Jackie Dutton!

—Yo nunca te abandonaría, Autumn —dijo Clay, con un tono de voz neutro.

—Claro. Porque soy tu responsabilidad. Parte de tu encargo divino.

—Es una forma de verlo.

—Es tu forma de verlo —lo acusó—. ¡Estoy harta de que todo el mundo piense que te pertenezco y nadie me pregunte cómo me siento!

—¿Y cómo te sientes?

—¡Atrapada!

—No veo por qué.

—Porque aunque a ti parece gustarte tener toda la vida ya programada, a mí no.

—Autumn, tú ya has tenido bastantes experiencias.

—¡Si ni siquiera he terminado la carrera! —exclamó Autumn—. ¡Y estoy harta de que todo el mundo dé por sentado que somos novios! —añadió enfurecida.

—Yo tampoco estoy contento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Autumn.

—Que tú quieres ver si encuentras a alguien mejor y si no, bueno, siempre puedes conformarte conmigo.

—Nunca he pensado eso.

—¿Seguro?

—Sí. Pero sería totalmente comprensible si lo hubiese hecho: tú no paras de hablar de responsabilidad y de encargo sagrado, como si… ¡como si yo formara parte de tu ganado! —espetó Autumn. Clay levantó el pie del acelerador y echó el camión hacia la cuneta—. ¿Qué estás haciendo?

—Algo que llevo deseando desde que tenía diecisiete años —respondió tras detener el camión.

Clay la agarró, colocó una mano tras el cuello de Autumn y la otra sobre un hombro mientras se inclinaba hacia ella para besarla. Profunda y apasionadamente. Sin preliminares.

Al principió se quedó tan sorprendida que Autumn no pudo moverse ni supo qué pensar. Poco a poco comenzó a sentir el placer de aquel abrazo feroz y, de repente, Clay interrumpió el beso.

—Clay… —Autumn no tenía ni idea de qué decir. Pero él sólo se había separado para liberarse del cinturón de seguridad—. ¡Clay!

Aprovechó que ella tenía la boca abierta para introducir la lengua entre sus labios, al tiempo que la abrazaba con ardor.

Autumn se sintió absorbida por la intensidad de Clay y descubrió en él una profundidad emocional de la que jamás le había considerado capaz.

—Autumn —susurró él—, aparta el cerdo —dijo en referencia al trofeo que había ganado.

—Me gusta este cerdo —acertó a decir Autumn, cuyo corazón se había desbocado.

—Te va a estorbar cuando me beses —repuso Clay, mientras la liberaba de su cinturón de seguridad—. Hasta ahora sólo te he besado yo —añadió con una vulnerabilidad en el tono de voz que conmovió a Autumn.

Poco a poco fue rodeándole el cuello con los brazos, abrió la boca e instó a Clay a que acercara los labios. Una vez unidos, Autumn le apretó por la nuca para incrementar la presión del beso.

Se sentía azotada por un mar de sentimientos; un mar que tiró el trofeo al suelo y se llevó por delante todo su sentido común.

—Me estás volviendo loco —murmuró él—. Hemos perdido muchos años. Tú me perteneces. Siempre me has pertenecido.

La alarma de Autumn se disparó tras oír esas palabras.

—Yo no le pertenezco a nadie —objetó, separándose de Clay.

—No puedes besar a un hombre así sin que sientas algo por él —replicó éste.

—¿No se te ha ocurrido que quizá es miedo lo que siento? —contraatacó. No estaba dispuesta a admitir nada.

—No.

—¿Por qué no? Estamos solos en un camión en medio de quién sabe dónde, a kilómetros de casa, y tú… me has besado.

—Pensé que ya iba siendo hora —dijo Clay mientras deslizaba un dedo por los labios de ella.

—¿Y qué pasa con lo que yo pensaba?

—Me has devuelto el beso —afirmó Clay, impávido.

—Porque… porque no tenía otra opción.

—A eso me refiero. Algunas cosas no pueden ser de otra manera —dijo Clay, al tiempo que le ponía el cinturón de seguridad de nuevo—. ¿Por qué no dejas de perder el tiempo con las parejas de La Rosa Amarilla y vienes al Baile de Compradores conmigo?

—¿Perder el tiempo? —Autumn creía que iba a explotar—. ¿Así que ya he probado mucho pasto y es hora de que vuelva al redil?

—¡Mira que eres testaruda! —se desesperó Clay—. ¿Es que no quieres entender nada?

—Lo único que entiendo es que estoy tirada en medio de la calle con un ganadero estúpido.

¿Y logró con eso que Clay se disculpara? No.

Volvió a besarla.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 6

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, G B Ranch.

De: Debra Reese, R. Ranch.

Supongo que te has enterado de lo de anoche. ¿En qué estaba pensando Clay? Será mejor que hables con él.

Debra.

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

Clay estaba pensando lo mismo que todo el mundo: ¿por qué donó Morgan Dooley cinco mil dólares en favor de Autumn? Debra, con todo el cariño que le tengo a tu hija, debo decirte que hay un nombre para las mujeres que están en venta.

Con afecto, Nellie.

CLAY pensaba que se sentiría mal por haber besado a Autumn; pero no era así.

Sin duda, ella se había comportado como si lo odiara durante el resto del trayecto; pero al menos sentía algo por él. Lo que ya era un paso hacia adelante.

Entró en la cocina silbando, pero nunca se le había dado bien y el perro empezó a ladrar.

Como la mayoría de las mañanas, se preparó el desayuno sin que su madre lo eligiera por él. Había estado despierto hasta las tres de la mañana, atendiendo a unas vacas que parecían dispuestas a parir.

Más adelante, por la tarde, volvería a San Antonio, para empezar a construir el escenario donde se celebraría la subasta. Dado que se esperaba la colaboración de todos los voluntarios, lo normal era que Autumn apareciese también.

Y, conociéndola, seguró que arrastraría a algún hombre de La Rosa Amarilla. Abrió la nevera. Desde luego, era una mujer muy cabezota.

Sabía que no le gustaba que la comparasen con animales, pero pensaba que era más terca que una mula.

Pero si ella iba acompañada, también él llevaría a alguien a la fiesta. Al fin y al cabo, Autumn le había devuelto el beso… y había sido el beso más delicioso que jamás había recibido. Recordó el instante preciso en que los labios de Autumn temblaron y Clay supo que ella también estaba a la deriva en el mar de sentimientos que los estaba desbordando.

La había asustado. Pero es que hasta él se había asustado. Y le iba a permitir ese último acto de rebeldía, porque estaba convencido de que, cuando se serenase, Autumn vería las cosas con claridad y acabaría echándose a sus brazos.

Sacó un huevo de la nevera y comenzó a desayunar.

—Autumn, la gente está hablando —dijo Debra mientras hacía un hueco en la librería para colocar el trofeo.

Autumn tenía intención de tomarse un café rápido en la cocina antes de irse a trabajar. Imaginaba que su madre le iba a salir con un comentario semejante, motivo por el cual había dejado muy poco tiempo para una conversación entre ambas.

—No me extraña —respondió mientras se ponía el abrigo y tomaba su bolso—. La gente tendrá envidia de que mi equipo haya ganado —añadió.

—Es de cómo ha ganado tu equipo de lo que está hablando la gente — matizó Debra, mientras se paraba a contemplar el trofeo—. Autumn, ¿te has fijado en que el cerdo tiene una pequeña raja?

—Se me cayó al suelo en el camión de Clay —contestó Autumn, tratando de hablar con naturalidad.

—Deberías haber tenido más cuidado —Debra frunció el ceño.

Era cierto. Las manos de Autumn temblaron mientras se servía un café. En realidad, no habían dejado de temblarle desde la noche anterior. Todo su cuerpo se había estremecido. Hasta la cabeza le había dado vueltas, incapaz de calmarse hasta muy tarde… o muy temprano, según se viera.

—La gente se pregunta qué hay exactamente entre Morgan Dooley y tú —insistió Debra. Autumn derramó un poco de café sobre la mesa.

—Nada en absoluto —respondió mientras secaba la mesa.

—¿Igual que no hay nada entre Clay y tú? —preguntó la madre.

—No. Entre Clay y yo siempre ha existido una relación am…istosa —Autumn se alegró de que su madre estuviera de rodillas y no le viera la cara—. Morgan y yo sólo nos hemos visto dos veces.

—Y te ha dado cinco mil dólares.

—¿Sabes lo que creo? —replicó Autumn—. Yo creo que Morgan quería llamar la atención. Todos los equipos se pasan un mes entero esforzándose por recaudar fondos y él llega en el último momento y suelta un cheque de cinco mil dólares.

—Pero fue sobre tu mesa sobre la que lo soltó.

—Había otras siete chicas sentadas en ella —repuso Autumn.

—Entonces, ¿por qué se sintió Clay obligado a amenazarlo? —su madre la miró con detenimiento.

—Puede que le sentara mal perder. ¿Quién sabe por qué hace Clay lo que hace? —respondió—. Mamá, tengo que irme pronto a trabajar, para poder ayudar a organizar el escenario de la subasta después. Volveré tarde.

—Conduce con cuidado y deja que Clay te siga a casa.

—Mamá…

—Lo siento —Debra sonrió—. Es la costumbre.

—¿Por qué no te acercas tú con Clay y nos ayudas? —le propuso Autumn, tras apurar el café.

—Prefiero quedarme pintando la cocina —contestó, al tiempo que apuntaba hacia un bote con pintura blanca.

—Me da cargo de conciencia que te ocupes tú sola de pintar —replicó Autumn.

—Si eso es lo único que te da cargo, sal y pásatelo bien —contestó Debra, con una sonrisa misteriosa.

Debía de saber que había sucedido algo. Aunque era complicado adivinar en qué estaba pensando su madre en esos días. Autumn se marchó hacia el trabajo y se consideró afortunada por poder escapar.

De camino a San Antonio, pensó que tendría que volver a ver a todos los que habían estado presentes en la reunión de la noche anterior. Menos a Morgan, claro.

El que no faltaría sería Clay. ¿Qué podría decirle? Después de aquel beso, Clay ya no era Clay, sino un hombre que la había hecho ser consciente de que ella era toda una mujer. Se había pasado muchas horas recordando el beso y tratando de encontrar sentido a sus sentimientos, y al final había decidido que se había sentido sorprendida. Cualquier mujer a la que la hubiesen besado de esa forma se habría sentido igual.

Lo que no debía olvidar era la arrogancia de Clay, el cual seguía dando por sentado que acabaría casándose con ella, a pesar de que le hubiera seguido la corriente con la idea de La Rosa Amarilla.

Si algo había que Autumn odiaba, era que le siguieran la corriente porque sí.

Pero se equivocaba si esperaba verla derretirse cuando se vieran de nuevo por la tarde. Autumn sonrió. Cuando viera a Clay, ella iría acompañada de su emparejamiento número tres.

Garth Rivers había ido a la ciudad para el rodeo. Dijo que no le importaba que lo avisara para quedar esa misma tarde, porque en las siguientes dos semanas tenía intención de ver a unas cuantas mujeres más.

No le resultó muy prometedor, pero Autumn sólo quería a alguien para mandarle un mensaje subliminal a Clay… y a Morgan, si es que era tan tonto como para presentarse.

Garth le había propuesto acompañarla a construir el escenario de la subasta y quedarse a la barbacoa que se celebraría a continuación. Las barbacoas se sucedían en esa época de año y, aunque podían cansarla, le parecía muy poco texano saltárselas.

Cuando terminó de trabajar, se cambió de ropa, se puso unos vaqueros viejos y condujo hasta el Coliseo. Ya había camiones con animales, los cuales ocuparían gran parte del aparcamiento durante las dos

semanas que durase la subasta. Autumn aparcó su Ford y buscó la matrícula de la caravana de Garth.

Éste habría preferido que Autumn no fuese a buscarlo, pero ella quería estar ya con él antes de empezar a trabajar. Sólo había una caravana en el sector E-4, de modo que Autumn se encaminó hacia ella, sorteando los excrementos de los animales.

Oyó una voz profunda y masculina dando instrucciones a un grupo de niños, de los que era su monitor.

—¡Garth! —gritó una chica—. ¡Se va a escapar!

—¡Agarra fuerte la cuerda!

Autumn vio un cerdo que intentaba huir y que había provocado una carcajada general. Sonrió, dio la vuelta a un trailer de camiones y vio al hombre de aquella voz profunda, el cual estaba atando de nuevo al cerdo.

Se quedó atónita. Aquel hombre era demasiado guapo para ser un vaquero, pensó Autumn. Iba vestido de negro de pies a cabeza, sus dientes eran blanquísimos, tenía un mentón marcado y una sonrisa enloquecedora: era un sueño hecho realidad.

No podría haber sido más perfecto de haberse hecho por encargo. Garth apagaría de golpe cualquier cotilleo de las mujeres de la subasta.

Uno de los chavales le dijo algo y Garth se giró hacia ella:

—¿Autumn Reese?

Ésta asintió, ahora que no había duda de que se trataba de su emparejamiento número tres.

¿Sólo un ochenta por ciento? Los de La Rosa Amarilla debían de estar locos. Ese hombre debería conseguir porcentaje extra por el mero hecho de existir.

—Venga, acércate —le dijo él. Mientras Autumn se aproximaba a Garth, éste guiñó un ojo a los niños de su grupo, lo cual les hizo sonreírse y darse codazos disimulados—. ¿Qué tal estás, preciosa? —le preguntó mientras la miraba de arriba a abajo.

—¿Qué tal tú? —replicó Autumn, ruborizada.

—Todo el mundo atento: ésta es Autumn —anunció con su acento texano—. Vamos a organizar la plataforma de la subasta, por si me necesitáis. Portáos bien hasta que vuelva, ¿de acuerdo?

Después de dar un par de instrucciones más, Garth apoyó un brazo sobre los hombros de Autumn y la guió hacia el Coliseo. En otras circunstancias, se habría opuesto a que se tomase tantas confianzas; pero daba la impresión de que Garth era un hombre extrovertido y muy gesticulero, y tampoco le vendría mal aparecer en la subasta escoltado por un hombre tan guapo.

La zona central del Coliseo era un hervidero de actividad. Autumn y Garth se dirigieron a un extremo en el que estaban las salas en que se celebraban todas las reuniones.

—Nada como aspirar el olor puro del ganado y la esperanza nueva — Garth sonrió.

—Ya has estado en muchas subastas de este tipo, ¿verdad? — Autumn le devolvió la sonrisa.

—Sí. Y competí durante dos años en distintos rodeos. Luego lo dejé sólo para los fines de semana; pero no ganaba dinero suficiente para pagar el viaje y las cuotas de admisión —después le contó un par de anécdotas acerca de dichos rodeos.

Autumn supuso que Garth tendría mil historias interesantes, y que las habría contado otras tantas veces.

—Yo hacía carreras de sacos de adolescente —comentó ella.

—¿Se te daba bien?

—Muy bien.

—Así se habla. Me gusta que las chicas tengan seguridad en sí mismas —dijo Garth, para pasar a relatar otra anécdota acto seguido.

Autumn estaba riéndose cuando abrieron la puerta de la sala donde tenía lugar la reunión. Trató de no desviar la vista de la cara de Garth, lo que era tarea complicada, ya que el hombre estaba escrutinando la sala mientras hablaba.

—Está claro que esta gente necesita que les eche una mano —dijo Garth—. Esto me recuerda a un rodeo de Brownsville en el que participé.

Autumn se atrevió a echar un vistazo a la sala.

Habían extendido una alfombra roja bajo las sillas en las que se sentarían los compradores. El resto de la gente ocuparía unos bancos situados en la parte trasera. Unos técnicos estaban instalando unos monitores para televisar la subasta.

Autumn suspiró. Debía presentar a Garth a los demás. Dejó de escuchar lo que éste estaba contando y miró en derredor.

En seguida divisó a Jackie, la cual no tardó en acercarse a Autumn.

—Autumn, cariño, qué detalle traer a alguien que nos eche una mano —dijo la mujer—. Un hombre tan fuerte, además.

—Garth, ésta es Jackie Dutton, del Comité para la Subasta de Cerdos. Jackie, te presento a Garth Rivers, mi pareja.

—No eres de aquí, ¿verdad, cielo? —le preguntó Jackie a Garth.

—No, soy de Throckmorton.

El equipo de Autumn se aproximó también, para que ésta les presentara a Garth. Y luego se acercaron unas amigas de su madre.

Era obvio que él se sentía como pez en el agua, rodeado de mujeres. Las trataba a todas con el mismo encanto que a Autumn.

Cuando ya estaba a punto de decirles con la mirada que los dejaran a solas, Fred Chapman llamó la atención a todos, para que atendiesen a sus instrucciones.

El grupo se dispersó poco a poco. Autumn se quedó junto a Garth, al lado del cual permanecieron tres mujeres de las que solían mariposear alrededor de Clay, él no aparecía por ningún lado.

Tampoco localizó a Morgan. Pero, en vez de sentirse aliviada por ambas ausencias, se sintió desinflada.

—Muy bien —dijo entonces Fred—. Los que ya habéis hecho esto antes, tratad de poneros con algún novato para ayudarlo —añadió.

Justo entonces se movió la puerta y todos los hombres giraron la cabeza hacia la derecha. Las mujeres se quedaron con los ojos muy abiertos.

—¡Vaya! —exclamó Garth—. ¡Sally está aquí! La fiesta puede empezar.

Apostada en la puerta, apareció una mujer con ropa color turquesa y sonrisa de pintalabios rojo brillante. Llevaba la corona que la identificaba como la reina de un antiguo rodeo.

E iba agarrada del brazo de Clay.

Antes de poder escudarse, una puñalada celosa atravesó el corazón de Autumn. Sólo deseó que nadie lo notara, aunque era consciente de que muchas personas estaban pendientes de su reacción.

Mientras la reina avanzaba hacia la fila delantera, repartió sonrisas como si se tratase de una estrella de Hollywood.

—Clayton, ¿con quién has venido? —preguntó Fred Chapman desde el micrófono con el que se dirigía a los asistentes.

—Es un placer presentaros a la señorita Sally McIntyre, reina del rodeo de Houston de 1994 y finalista en el Rodeo Nacional de 1995 —dijo Clay, tomando prestado el micrófono de Fred.

—Hola a todos —saludó Sally.

—Hola, Sally —respondieron todos los hombres a coro.

—Quiero ayudar, así que ponedme a trabajar —dijo Sally, agarrando el micro con sus manos manicuradas.

—¿Y va a romperse una uña? No lo creo —musitó Jackie.

—¡Hola, Sal! —la saludó Garth, tras ponerse de pie, colocando las manos alrededor de la boca, a modo de altavoz.

—¡Garth! —exclamó ella. Soltó el micrófono y fue corriendo a darle un abrazo. Él se lo devolvió y la levantó del suelo con el impulso.

Las cosas no estaban saliendo como Autumn había pensado. Aquella reina de rodeos no formaba parte de sus planes. Autumn había fantaseado con el asombro de Clay al verla acompañada de un vaquero tan atractivo; con la envidia de las demás mujeres… y, sin embargo, se sentía humillada.

Miró a Clay con cautela. Se había quitado el sombrero y estaba viendo el abrazo que su cita le estaba dando a Garth. Sólo que él no sabía que éste era la cita de Autumn.

—Gracias por venir, señorita McIntyre —dijo Fred tras tomar posesión del micrófono de nuevo.

Sally regresó junto a Clay y Garth se sentó con una mejilla manchada de pintalabios escarlata.

Aunque estuvo tentada de callarse, pensó que debía advertírselo. Fue a sacar un pañuelo del bolso pero, para cuando lo tuvo en la mano, Jackie Dutton ya se le había adelantado.

—Gracias —dijo Garth, esbozando una sonrisa diabólica.

—Fred está distribuyendo los equipos de trabajo —terció Autumn por fin.

Aunque normalmente se ocupaba de la decoración, Autumn decidió pegarse a Garth, pues, de lo contrario, habría otras mujeres que lo harían.

Y dado que éste quería montar la plataforma de la subasta, también ella se ofreció voluntaria para dicha tarea.

—¿Quién dirige esto? —preguntó Garth.

—Yo —respondió una voz.

—Tú eres el hombre que ha venido con Sally. Me llamo Garth Rivers —se presentó éste.

—Clay Barnett.

Autumn no tuvo más remedio que girarse hacia Clay, por no ser grosera, y Garth apoyó un brazo sobre sus hombros.

—Esta mujer tan guapa es Autumn —dijo entonces él.

—Somos viejos amigos —replicó Clay.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 7

Mientras tanto, en el rancho…

FACSIMILE

A: Eleanor Barnett, Golden B Ranch, Propietaria.

De: Debra A. Reese, Reese Ranch, Propietaria.

Por la presente le comunico que nuestro rancho será puesto a la venta el mes que viene. De acuerdo con nuestro contrato de propiedad, Golden B Ranch tiene prioridad para adquirirlo.

Sinceramente, Debra A. Reese.

FAX

A: Debra.

De: Nellie.

Debra, lo siento, no debería haber dicho lo que dije sobre Autumn. Perdóname. Es una chica estupenda y sé que no alentó a Morgan de manera indecente. Por favor, no es necesario que vendas el rancho.

Con cariño, Nel.

CLAY se fijó en cómo estaba rodeando Garth a Autumn y, con la mirada, le hizo entender que la tratase bien o tendría que vérselas con él.

A Garth no le gustaba recibir ese tipo de mensajes. Esbozó una amplia sonrisa y la estrechó con más fuerza.

—Aquí tengo los planos para montar la plataforma —dijo Clay, mostrándoselos al grupo—. Primero tenemos que asegurarnos de que no

falta ninguna pieza; luego las clasificaremos. Todas tienen etiqueta. Empezaremos por orden alfabético.

—Nosotros ya hemos puesto ahí las piezas de la A a la F —dijo Garth—. ¿Qué tal si las voy ensamblando?

—No tan rápido —lo detuvo Clay—. Hay piezas para dos estructuras diferentes: la plataforma de la subasta y la tribuna del subastador. Es fácil mezclarlas.

—Como quieras —respondió Garth—. Tú mandas.

Clay no pudo evitar mirar a Autumn, a ver qué pensaba de ese presumido insolente; pero ésta le ocultaba la cara.

—Seguiremos con las piezas de la G a la L. Cuidado al montarlas, porque son dos centímetros más anchas que las anteriores.

—Eso no es muy brillante que se diga —opinó Garth.

A Clay no le gustaba su sonrisa ni su actitud. No le gustaba él, en general.

—Hola, Clay —dijo Sally—. ¿Queréis beber algo? —preguntó. Ella misma se había ofrecido voluntaria para hacer de chica para todo.

Clay se había sentido un poco cohibido al encontrarla, pero Sally le había dicho con desenfado que su belleza solía intimidar a los hombres, motivo por el cual muy pocos llegaban a pedirle salir. Le gustaba ir acompañada cuando asistía a algún rodeo, porque los otros hombres se sentían más relajados con ella sabiendo que ya había uno que atendía sus necesidades.

No es que a Clay le gustara desempeñar esa función, pero no había podido encontrar otra cita para esa tarde y se había negado a acudir solo a la reunión.

Se preguntó de dónde habría sacado Autumn a ese Garth; ¿de algún casting para actores? Por otra parte, tenía la sensación de que era un farsante.

Lo que menos le gustaba era su forma de mirar a Autumn: mientras ésta se inclinaba para clasificar piezas, él le estaba mirando el trasero con una sonrisa de oreja a oreja.

Además, ¿cómo podía uno fiarse de un hombre que siempre está sonriendo?

Tomó un refresco que Sally le estaba ofreciendo y luego comprobó el tamaño de una pieza. Mientras daba un sorbo, advirtió el cruce de miradas entre Garth y Sally. Era obvio que esos dos habían tenido alguna aventura. Miró a Autumn, a ver si ella también se estaba dando cuenta.

Y así era, aunque fingió lo contrario.

—¿Dónde has encontrado a ese tipo? —le preguntó en un momento dado. Trató de sonar desinteresado, pero no lo logró.

—Garth es mi tercer emparejamiento de La Rosa Amarilla —respondió, sonriente—. Lo más probable es que vaya con él al Baile de Compradores del sábado por la noche.

Clay se había olvidado de cuál había sido el motivo inicial de que se inscribieran en la agencia matrimonial; más que nada, porque su único empeño ahora era lograr que Autumn recuperase el juicio. Los dos miraron a Garth, el cual no paraba de bromear con Sally.

—Me gusta mucho —prosiguió Autumn—. Es divertido, abierto y…

—No es alguien en quien puedas confiar —finalizó Clay por ella.

—¡Si ni siquiera lo conoces! —dijo Autumn.

—He conocido a cientos de tipos como ése. Ha venido a la subasta y desaparecerá cuando termine. Dos días después ni siquiera recordará tu nombre. Creía que eras más inteligente, Autumn —la atacó Clay.

—No está nada mal para ser un cliente de La Rosa Amarilla —repuso ella.

—Sí, supongo que siempre cuenta las mismas dos anécdotas simpáticas para caer bien a la gente. No digo que esté mal para pasar un rato agradable, pero no busca nada más.

—Pues como a mí me sucede lo mismo —replicó Autumn, cruzándose de brazos—, me viene como anillo al dedo.

—Tú no quieres a un hombres así. Tú quieres…

—¡No me digas lo que quiero! ¡Estoy harta de que la gente me diga lo que quiero!

—De acuerdo, pero no podrás convencerme de que quieres a Garth — insistió Clay, sin esforzarse por ocultar el desagrado que el hombre le producía.

—¿Es que tú te vas a casar con Miss Simpatía? —contraatacó Autumn.

—Sally es maja —respondió Clay, tras mirar a la rubia.

—Lo siento, pero alguien debería decirle que baje de las nubes.

—Sólo quiere ser amable —la defendió Clay—. Podrías tomar ejemplo de ella.

—Todavía lleva la corona de cuando ganó quién sabe qué rodeo —se mofó Autumn.

—¿Y qué? Tu pareja lleva un cinturón con una hebilla que brilla más que los faros de mi camión.

—¿Estás celoso?

—No, sólo digo que alguien que va presumiendo de cinturón seguro que es un fantasma.

—Por lo menos tiene un cinturón con hebilla de oro.

—No sabía que midieras a los hombres por la hebilla de su cinturón.

—Si es así como los mido, no es asunto tuyo, Clayton. Para tu información, Garth tiene muchos más atractivos que ese maldito cinturón.

—¿Por ejemplo?

—No tengo por qué defenderlo ni explicarte con quién salgo. Me gusta Garth. Me gusta cómo me trata.

—Te usa como una muleta. ¿Es que no sabe estar de pie sin agarrarse a ti?

—¡Pues bien pegaditos que habéis entrado vosotros! —replicó Autumn— . Hay que estimarse poco para ir con una mujer como esa para sentirse importante —añadió.

—¿Qué quieres decir con una mujer como esa?

—¡Vamos, Clay!

—Sally es guapa y tiene seguridad en sí misma; pero es una chica normal. No es culpa suya que las mujeres sientan celos de ella.

—¡Yo no estoy celosa!

—Nunca he dicho que lo estés; pero tampoco te pasaría nada si fueras más amable con ella.

—Vale, seré amable con ella. A cambio, tú lo serás con Garth.

—De acuerdo —accedió Clay a regañadientes.

—Debido a las obras, es difícil acceder al los servicios del Coliseo. Te enseñaré un atajo —le ofreció Autumn a Sally mientras ambas hacía una pausa.

—Gracias… Autumn y yo volvemos ahora —Sally se dirigió al resto del grupo con una sonrisa radiante—. Procurad no echarnos demasiado de menos —añadió.

—¿De dónde eres? —le preguntó Autumn.

—¡De aquí, de San Antonio! ¿No me digas que nunca has oído hablar de la Boutique de Sally?

—Por supuesto —respondió Autumn. Era una tienda demasiado cara y pija para ella, pero no cabía duda de que era conocida—. No sabía que tú fueras esa Sally.

—Lo soy —luego rió, sacó una tarjeta del bolso y se la ofreció.

Autumn la miró. Había una corona sobre la S de Sally—. ¿Tú has sido reina alguna vez? —le preguntó entonces.

—No.

—Eso creía —repuso Sally con sinceridad—, pero nunca se sabe. A veces no se gana porque el patrocinador del rodeo tiene una hija y… Lo decía porque a las reinas les hago un diez por ciento de descuento.

—Yo competía en las carreras de sacos —dijo Autumn con desabrimiento.

—Yo también corría antes; pero me despeinaba mucho.

—Por eso decidí peinármelo hacia atrás —repuso Autumn.

—Sí, se ve que no empleas mucho tiempo en la peluquería.

—Hay gente que está más ocupada que otra —replicó Autumn con tono afilado.

—¡Qué pequeñito! —comentó Sally cuando hubieron llegado al servicio. Luego procedió a admirarse en el espejo y, en un segundo, convirtió un tocador en una tienda de cosméticos.

—¿Cómo conociste a Garth? —le preguntó Autumn, mientras se peinaba.

—Es un bribón, ¿verdad? Hicimos los circuitos de un rodeo al mismo tiempo —contestó. De modo que no era un fanfarrón y se había ganado la hebilla de oro en un rodeo—. Pero quiero que tú me hables de Clay. Dice que eres como una hermana para él —añadió.

¿Una hermana?, ¿eso le había dicho?

—Clay y yo crecimos juntos…

—¿Es hijo único?

—Sí —volvió a responder.

—¡Pues es todo un partido!

—Eso dicen.

—¿Por qué no lo ha cazado todavía ninguna mujer?

Autumn sabía que era cuestión de tiempo que Jackie o alguna otra chica le contara a Sally su relación con Clay.

—La gente creía que éramos novios —respondió entre risas—. Lo que es una tontería. A Clay le gusta un tipo de mujeres, y yo no entro en el molde.

—¿Qué tipo de mujer? —preguntó Sally, tal como había anticipado Autumn.

—Le encantan las mujeres muy coquetas.

—¿De verdad? —exclamó Sally mientras se daba laca en el pelo.

—Totalmente. No sé por qué, pero piensa que el que una mujer se pase horas cuidando su aspecto es una forma de demostrarle lo mucho que se preocupa por agradarlo. Le gustan las mujeres guapas y no le importa que necesiten tiempo para arreglarse. Y lo que se dice yo… estoy demasiado liada para andarme con ésas.

—Creo que haces bien —afirmó Sally mientras restituía sus cosméticos al bolso—. Quiero decir, con sinceridad, hay mujeres que por más que se esfuercen no consiguen grandes resultados.

—Aparte —prosiguió Autumn, conteniendo unas ganas tremendas de estrangular a Sally—, como pasa mucho tiempo solo cuidando el ganado, las mujeres calladas lo atacan. Prefiere que hablen mucho, aunque sólo sea por el placer de oír una voz que lo haga sentirse acompañado.

—Pobrecillo —dijo Sally—. Gracias por contarme todo esto, Autumn. Quiero que sepas que la próxima vez que vayas a mi boutique, te haré un descuento del diez por ciento aunque nunca hayas sido reina.

—Muy amable —acertó a contestar Autumn.

—Sí, ya sé que lo soy —afirmó Sally, tomando a Autumn por un brazo.

Clay agarró un extremo del tablón A y Garth sujetó el otro. Lo llevaron al exterior y luego regresaron por el tablón B.

—Te he visto hablar con Autumn —observó Garth.

—Sí, somos viejos amigos.

—Eso dicen.

—Crecimos juntos desde pequeños. Somos vecinos.

—Y vosotros dos… ¿nunca habéis…? —Garth enarcó las cejas.

—No —respondió Clay.

—¿Por qué no, si no te importa que te lo pregunte?

—Bueno… es que Autumn es muy especial —accedió a responder—. No me malinterpretes; pero es de esas mujeres a las que les gusta que los hombres la dirijan todo el tiempo. Ya sabes, la típica a la que la halaga que el hombre decida por los dos en un restaurante.

—Ya veo —dijo Garth.

—Hay que dárselo todo hecho y, francamente, yo busco a una mujer independiente, capaz de pensar por sí sola.

—Te entiendo —afirmó Garth—. Aunque a mí me parece muy peligroso eso de buscar a una mujer con ideas propias.

—Sólo si no logras entenderte con ella —contestó Clay—. Ah, y le encantan los deportes. Cómprale un televisor grande, de ésos con una pantalla pequeñita en la esquina para que pueda ver dos canales a la vez, y será tu esclava de por vida —añadió.

—Bueno, yo no quiero una esclava de por vida —Garth sonrió—. Pero un fin de semana no estaría mal.

—Y no dejes de pedirle que te prepare algún plato especial. Es una cocinera sensacional —siguió mintiendo. Casi empezaba a sentir pena por el pobre hombre.

—¿De qué estáis hablando?

—Hola, Sal, Autumn. Estábamos a punto de mandar un equipo de rescate en vuestra búsqueda —bromeó Garth.

—No hay que apresurar a una mujer cuando se está arreglando el pelo —dijo Sally—. Garth no entiende el trabajo que cuesta estar guapa —añadió, dirigiéndose a Clay.

—Estás fantástica —dijo éste, consciente de que Sally esperaba un piropo—. ¿Habéis tenido oportunidad de charlar un rato? —añadió, mirando a las dos mujeres.

—Sí, nos hemos hecho muy amigas —contestó Sally, al tiempo que miraba a Autumn, de nuevo bajo el brazo de Garth.

—¿Sí? —se extrañó Clay.

Miró a Autumn y ésta sonrió. Sin duda, algo raro estaba pasando.

—Autumn, pásame esas tablas.

—Cuéntame: ¿cuándo ganaste ese cinturón? —le preguntó ella, al tiempo que le acercaba las tablas que le había pedido.

—Ahora no. Ya te lo contaré luego, durante la cena —respondió.

«Cuando haya más audiencia», pensó Autumn. Luego miró a Sally y se alegró de ver que la mujer estaba hablando a toda velocidad, para martirio del pobre Clay.

—Ya está —dijo Garth, después de clavar los últimos tablones—. Vamos a ver qué tal va Clay.

Cuanto más se acercaban, más chillona sonaba la voz de Sally:

—…y entonces me nombraron Miss Rodeo de San Angelo. Fue la primera vez que mi mamá me dejó maquillarme. ¡No imaginas que diferencia!

Autumn sofocó una risa. Aunque la cena sería una odisea, merecería la pena.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Garth Rivers.

ACTIVIDAD REALIZADA: Construir la plataforma para una subasta.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: Sí.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: Porque está buenísimo y yo soy superficial.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: Tendré que salir con él otra vez antes de responder a esta pregunta.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Sally McIntyre.

ACTIVIDAD REALIZADA: Construir la plataforma para una subasta.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: Supongo que sí.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: Cualquier mujer así de guapa merece una segunda cita.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: No me parece justo compararla con nadie; de modo que no puedo responder a esta pregunta debidamente.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 8

FACSIMILE

A: Nellie Barnett, Golden B.

De: Debra Reese, R. Ranch.

Nellie, no vendo el rancho por lo que dijiste de Autumn, aunque acepto tus disculpas. Acabo de terminar de pintar la cocina y pintar me ha dejado tiempo para pensar un poco. Estas tierras siempre han sido el sueño de Ben y de su padre; pero ahora que los dos han fallecido, sólo estaba sacándolas adelante en beneficio de Autumn… y a ella en realidad no le interesan. Yo no puedo ocuparme de cuidarlas sin ayuda, y tampoco puedo permitirme pagar a nadie para que me eche una mano. No tiene sentido que me esfuerce. Además, Nellie, me siento sola. Quiero vivir en la ciudad.

Con cariño, Debra.

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B Ranch.

¡Debra!, ¡tenemos que sentar a Clay y a Autumn en una habitación y hacerlos entrar en razón! Aparte, voy a llamar a La Rosa Amarilla para enterarme de cuánto les costaría reconocer que se han equivocado no emparejándolos.

Nellie.

COMO había trabajado muchas horas, Garth se sintió autorizado a unirse al grupo a cenar en Lucky Lariat, un pub tejano con buena barbacoa, abarrotado en esa época del año.

Garth le había anunciado que la recogería a las siete, como si hubiese dado por sentado que Autumn querría ir con él. Dado que ésta tenía que trabajar antes, le propuso que fuera a recogerla a la oficina, con idea de aprovechar hasta las siete de la tarde.

Pero se puso a pensar en su madre.

Debra no era la misma desde hacía unos días. Parecía vital y feliz, cuando Autumn había esperado que le diera la lata infatigablemente para que volviese con Clay.

Debía de haberla convencido de que entre ambos no había futuro; aunque aquel beso… Autumn no pudo evitar revivir ese instante, ni lo tensa que se sentía cada vez que veía a Clay junto a Sally.

Finalmente, tal como se había convenido, Garth llegó a las siete en punto. Autumn estaba decidida a no tolerar la actitud dominante que Garth había asumido al finalizar el día anterior, y trataría de esquivar las conversaciones sobre deportes.

—Hola, Autumn —la saludó él, de nuevo vestido de negro, con su hebilla de oro en el cinturón—. Estás guapísima —le dijo mientras le ponía un brazo sobre los hombros.

—Gracias —Autumn se zafó del brazo con excusa de sacar las llaves del bolso—. Tengo que echar el cerrojo.

—Déjame, ya lo hago yo —dijo Garth.

—No cierra bien, hay que tomarle el punto —protestó Autumn, cuando él le arrebató las llaves.

—Ya está —dijo después de cerrar la puerta.

—No hacía falta. Podía haberlo hecho yo —contestó Autumn, mientras metía las llaves en el bolso.

—No deberías ocupar tu cabecita con estas cosas.

—Es mi trabajo —protestó Autumn. ¿A qué venía eso de su cabecita?

—Lo que tú digas, cariño —dijo mientras subía a su camión—. ¿Sabes? He encontrado un bar con una pantalla gigante de televisión. Tienen Eurosport; iremos allí después de cenar.

—Será muy tarde —se resistió Autumn.

—¿Y qué haces mañana por la noche? —le preguntó Garth—. ¿Por qué no me invitas a tu casa y me preparas algo de cena?

—Se me da fatal cocinar —repuso Autumn.

—Ya será menos.

—No, no, lo digo en serio.

—Bueno, déjame que yo decida si sabes o no cocinar.

—No te molestes —Autumn estaba deseando llegar a Lucky Lariat; se le estaba agotando la paciencia—. Esta noche, durante la cena, pregunta por mi salsa para barbacoa y escucha.

—No puede estar tan mal como la de una chica de Bexar que… —y se enrolló con otra de sus historias.

En un momento dado, Autumn intentó cambiar de tema y comentó que tenía pensado seguir con su carrera de Derecho.

—¿Para qué? —le preguntó Garth.

—Para licenciarme.

—¿Y cuándo podrás ejercer, después de casarte y tener hijos?

—Ya lo veré llegado el momento —contestó secamente.

—Si al final no vas a trabajar como abogada ni nada de eso —aseguró Garth—. Tú necesitas un hombre que cuide de ti.

—Yo no necesito que ningún hombre cuide de mí —contestó Autumn con convicción.

—¡Qué dulce! Estás intentando hacerme creer que eres una mujer fuerte e independiente. No es necesario, cariño; conmigo no tienes por qué fingir.

—¿Fingir?, ¿qué te hace pensar que estoy fingiendo? —Autumn miró a Garth de reojo, extrañada—. ¿Has hablado de mí con alguien? —preguntó entonces.

—Con tu amigo Clay.

—¿Y qué te ha dicho mi amigo Clay?

—Que te gusta que los hombres lleven las riendas.

Autumn se quedó pensativa. Quizá fuera cierto en parte, pensó sorpredida. Sin embargo…

—Garth, una cosa es que los hombres tengan carácter y otra que se comporten como tiranos. Si quieres que nos llevemos bien, debes saber que no soporto que la gente tome decisiones por mí.

—Comprendo —dijo él, aunque no parecía que la creyese—. Ya hemos llegado.

Unos neones brillaban a la entrada de un pub. La música y el humo salían del interior del local por puertas y ventanas.

Una vez dentro, vieron que, al fondo del establecimiento, habían juntado varias mesas para formar una más grande. Ya habían llegado tres cuartas partes del comité. Clay, Sally y su corona estaban bailando en la pista y, a juzgar por el número de hombres que la estaban mirando, Clay tendría que ceder a su acompañante enseguida.

De pronto, Garth agarró a Autumn y empezó a conducirla por la pista. Bailaba tan bien que Autumn le perdonó su comportamiento anterior. Después de todo, Clay había tenido la culpa de que tomase esa actitud dominante.

Tendría que decirle un par de cosas a Clay… cuando Sally dejara de cotorrear un segundo para respirar.

—Mira, han llegado Autumn y Garth —dijo Sally, finalizado un baile— . Vamos a saludarlos. Luego tengo que ir al baño para peinarme y empolvarme la nariz.

Clay se sintió aliviado.

—Hola —los saludó Sally al acercarse a la mesa—. Mira, Clay, ¿a qué hacen muy buena pareja?

Garth sonrió y fue a poner su brazo sobre los hombros de Autumn, pero ésta se levantó para esquivarlo.

—Estoy seca. Voy por más té helado —pretextó.

Autumn y Clay se cruzaron una mirada asesina.

—Bueno, vengo enseguida —dijo Sally—. Procura no echarme de menos, cielo.

A Clay no le apetecía sentarse junto a Garth y, por suerte, éste se levantó y se puso a bailar con Jackie Dutton. Clay se sentó, libre por fin de aquel fantoche y de la reina cotorra de rodeos.

Se rascó el cuello y atendió al grupo que tocaba, bastante bueno en su opinión. Una taza de té helado aterrizó entonces junto a su codo.

—Hola, Autumn —saludó él, mientras se secaba el té que le había salpicado la camisa.

—Eres la persona más ruin que jamás he conocido, Clayton Barnett. Has envenenado a Garth para que su actitud me saque de quicio.

—¿De qué te has cansado antes?, ¿de su sonrisa o de su cinturón?

Autumn se mordió un carrillo para ocultar una sonrisa. Clay se relajó: sabía que ella quería estar más enfadada con él de lo que lo estaba en realidad.

—No para de tomar decisiones por mí, y me trata como si fuera una niña indefensa. Ha sido un golpe muy bajo —lo acusó.

—¿Y tú no le has dicho nada a la mayor consumidora del mundo de laca para el pelo? —contraatacó Clay.

—Ella sólo quiere estar bonita para ti —contestó Autumn con voz trémula.

—¿Pero no sabe hablar de otra cosa?

—Bueno…

—En fin, tú ganas. Has conseguido que no vaya con ella al Baile de Compradores —dijo Clay.

Autumn miró a la pista de baile y vio que Garth cambiaba de pareja por tercera vez.

—No —respondió ella—. No te he ganado, porque yo tampoco pienso llevar a Garth al baile. Olvídalo. Mis hombros no podrían soportarlo.

—Bueno —dijo Clay, tras unos segundos en silencio—. Tenemos dos opciones: podemos volver a La Rosa Amarilla por más parejas… o puedes venir al baile conmigo.

—Tendremos que volver a La Rosa Amarilla.

Fueron a la agencia a la mañana siguiente y aparcaron sus vehículos en la Avenida Bluebonnet.

—Entre el ganado, la subasta y esto de las citas estoy agotado —protestó Clay mientras esperaba a que Autumn bajara de su coche.

—Entiendo que ayudar a parir a las vacas y las reuniones para la subasta te quiten tiempo; pero a las chicas las has arrastrado contigo todo el rato —señaló Autumn.

—¿Alguna vez te has planteado que quizá estés equivocada? —le preguntó Clay entonces.

Autumn pensó que quizá se había equivocado con ese hombre cercano al metro noventa que tenía junto a ella. Ahora que la gente había dejado de tratarlos como si fuesen novios, se sentía… no estaba acostumbrada a ver a Clay con otras mujeres; aunque eso no significaba que estuviese celosa.

—Perdonad por el desorden —dijo María, después de hacerlos pasar—. Se nos ha estropeado el aire acondicionado y mi hermano Miguel está haciendo una chapucilla para arreglarlo.

—¿No es demasiado pronto para preocuparse por el aire acondicionado? —preguntó Clay.

—No. Es mejor reparar el equipo fuera de temporada. En agosto no es fácil encontrar un técnico y hasta mi hermano me subiría el precio de la factura.

—Lo tendré en cuenta —dijo Clay.

—Bueno, la verdad es que no me extraña veros de nuevo por aquí —confesó María.

—¿Por qué?

—¿Es que todavía no lo sabéis? —María denegó con la cabeza y los instó a que la siguieran. Fueron a la habitación en la que habían rellenado los impresos de inscripción—. Mirad las evaluaciones que me habéis mandado de vuestras dos primeras parejas… Por cierto, ¿qué tal os fue con las terceras citas? Dijisteis que volveríais a quedar —recordó entonces.

—Y quedamos —confirmó Autumn.

—¿Y?

—Garth… quería una mujer sin carácter a la que poder manejar, y yo no soy así.

—Entiendo —María miró a Clay.

—Sally habla demasiado.

—Sí, ya recuerdo que no te gustan las mujeres parlanchinas —María suspiró y murmuró algo para sí en español.

—¿Has dicho que no hay peor ciego que el que no quiere ver? —preguntó Autumn, que no se fiaba mucho de sus conocimientos de español.

—Sí —la mujer se cruzó de brazos—. ¿Qué voy a hacer con vosotros?

—Darnos otra cita.

—¿Y de qué os va a servir? —replicó María mientras tomaba asiento frente al ordenador.

—¿Qué actitud es esa? —protestó Autumn—. Prometiste que quedaríamos satisfechos.

—Por eso mismo. Vosotros no vais a estar satisfechos nunca.

—Seguro que no somos los únicos clientes un poco exigentes de la agencia —dijo Autumn, al ver que Clay permanecía en silencio.

—Una cosa es ser exigentes y otra es pedir imposibles. Sentáos —María apuntó hacia dos sillas y tecleó algo en el ordenador. Momentos después, la impresora expulsó dos hojas—. Éstas son vuestras nuevas citas.

Sólo había un nombre en la ficha de Autumn: Clayton Barnett, noventa y nueve por ciento.

—¿Qué es esto! —exclamaron al unísono.

Autumn le quitó su ficha a Clay sin pedirle permiso, segura de ver su nombre y noventa y nueve por ciento de porcentaje de compatibilidad.

—¿Por qué yo sólo tengo un noventa y ocho por ciento? —preguntó, confundida.

—Probablemente porque me costó leer tu perfil, de tanto como lo habías emborronado. Pero noventa y ocho o noventa y nueve, ¿qué más da?

—¿Por qué no salimos emparejados la primera vez? —preguntó Clay.

—Le dije al ordenador que os excluyera —contestó María—. Supuse que de haber querido salir juntos, ya lo habríais hecho.

—Tiene que haber un error —Autumn se mesó el pelo—. Ejecuta el programa otra vez, por favor.

María se encogió de hombros y obedeció. Una lista de nombres apareció en la pantalla, ordenados por índice de compatibilidad. Clay apareció el primero en la de Autumn, y ésta en la de aquél.

—No puede ser —se negó Autumn—. ¿Puedo rellenar el perfil de personalidad otra vez?

—¿Vas a cambiar de personalidad?

—No, pero quizá responda diferente a alguna pregunta.

—De acuerdo, pero no le digas a nadie que te he dejado.

Autumn varió la descripción de su pareja ideal, para añadir que su hombre debía estar abierto a nuevas experiencias y tener objetivos en la vida. Tras un par de reajustes más, le dijo a María que podía ejecutar el programa de nuevo.

—¿Quieres cambiar tu perfil también? —le preguntó María a Clay.

—No, señora. Soy la misma persona que hace una semana.

—Bien.

María ejecutó el programa y, en esta ocasión, Autumn apareció con un noventa y nueve por ciento de compatibilidad… y Clay con un cien por cien.

—¡Es imposible! —Autumn se apartó del ordenador—. ¡Esto es horrible!

Luego miró a Clay, cuyo rostro parecía impávido, expresión que solía adoptar cuando quería ocultar sus sentimientos. Autumn supo que lo había herido.

—Perdona, Clay. No pretendía que sonase tan mal —se disculpó.

—¿No?

—No. Sólo estaba sorprendida: acababa de poner que quiero un hombre abierto a nuevas experiencias y que tenga objetivos en la vida.

—Yo tengo objetivos —repuso Clay con calma—. Puede que no te gusten, pero los tengo. En cuanto a estar abierto a nuevas experiencias, también me gustan, Autumn. Quiero viajar y visitar otras vaquerizas y granjas del país y de todo el mundo. Me gustaría asistir a conferencias sobre ganadería, estudiar nuevos métodos para tratar al ganado. Todos tenemos que ir probando nuevas cosas para poder adaptarnos y sobrevivir. Mis tierras siguen en pie gracias a que hemos cambiado con el paso del tiempo. Si no conoces los avances, no puedes usarlos a tu favor.

Autumn se quedó mirando al hombre que tenía frente a sí; el hombre con el que había crecido y peleado durante toda su vida… Y no lo conocía en absoluto.

—No… no lo sabía. Clay…

—No es asunto mío —intervino María—; pero creo que es un buen momento para que la beses —animó a Clay.

—Yo no… —arrancó Autumn.

—Con todos mis respetos, no necesito que me dé consejos para cortejarla, señora.

—Con todos mis respetos, si no necesitaras un par de consejos, no habrías venido a esta agencia —repuso María.

—Cierto —concedió Clay.

Y, de pronto, sin previo aviso, Autumn se encontró entre sus brazos, que la apretaban con fuerza, como si tuvieran miedo de que ella se fuera a escapar.

La besó con tanta o más pasión que en el camión, sin reservas, entregándose a fondo.

Autumn se resistió y él la dejó escapar en seguida, con expresión dolida; pero ella sólo quería liberar sus brazos para poder rodearle el cuello… Y lo besó.

—Supongo que esto significa que vendrás al baile conmigo —susurró Clay, sonriente, boca contra boca.

—Eso parece —replicó Autumn, radiante.

Entonces miraron a María, que estaba secándose las lágrimas con un pañuelo:

—¿Os dais cuenta? Soy demasiado mayor para este negocio. Me emociono demasiado —se disculpó—. Anda, marcháos ya.

Clay agarró a Autumn de la mano y ésta, envuelta en una nube, lo siguió hacia la puerta.

—¡Esperad! —los detuvo María—. Siempre que acertamos con una pareja, le damos un ramo de rosas amarillas a la chica —añadió, entregándole un ramillete a Autumn.

—Pero nosotros no… —ella miró a Clay en busca de ayuda, pero éste se limitó a sonreír.

—Cariño, confía en mí —le dijo María—. Él es tu hombre.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 9

FAX

A: Debra.

De: Nellie.

¡¡¡¡VAN AL BAILE JUNTOS!!!! Clay no me ha dicho nada. Los hijos nunca cuentan nada. ¿Qué está pasando? Infórmame de lo que sepas.

Ansiosamente, Nellie.

FACSIMILE

A:Nelie.

De: D.

Ya hablamos después. Autumn quiere que la ayude a elegir su vestido.

D.

CREÍA que no estabas ocupada —le dijo Autumn a su madre, al verla mandar un fax.

—No lo estoy. Ya he terminado —respondió Debra.

Autumn le enseñó dos vestidos; uno era nuevo y el otro sólo tenía una puesta. No podía creerse que estuviera dándole tanta importancia a lo que se iba a poner.

—El rosa no —descartó Debra—. Es idéntico al vestido de novia que usó Rae Ann. Todo el mundo lo reconocerá.

—Vale —aceptó Autumn—. ¿Entonces éste? —propuso entonces, en referencia a un vestido escotado y con una amplia abertura en el muslo de la falda.

—Ummm, pruébatelo.

Autumn se cambió de ropa y se miró al espejo. Le estaba muy ceñido y le sentaba muy bien.

—¿Mamá? —solicitó su opinión. Debra no logró responder al principio—. ¿No es demasiado…? Ya sabes.

—Sí —dijo la madre con firmeza—. Y precisamente por eso te lo vas a poner. No hay mujer en el mundo que no se pondría este vestido si le sentase tan bien como a ti.

FACSIMILE

A: Nellie B.

De: Debra R.

AHORA sí que puedes preparar el champán. Clayton no podrá resistirse.

Deb.

Hasta que Autumn no le entregó la chaqueta al guardarropa, Clay no se dio cuenta de que estaba en apuros. Había pensado en mantenerse tranquilo esa noche, pero al ver el vestido que llevaba Autumn le pareció una misión imposible. Aquella mujer no era la Autumn Reese junto a la cual había crecido.

—Autumn… —apenas podía articular palabra.

—No es demasiado sencillo, ¿no?

—No —susurró él, sin poder tragar saliva. ¿Qué escote era ése? ¿Y cómo podían sujetar el vestido entero esas dos tiras tan finitas?

La agarró del brazo y la dirigió hacia una cabina de teléfonos, junto al aseo de las mujeres.

—La sala de baile está en la otra dirección, ¿no? —preguntó Autumn.

—Sí, pero vas a tener que retocarte el pintalabios antes de que entremos.

—¿Se me ha corrido?

—Todavía no —contestó Clay—. ¿Alguna vez te he dicho lo guapa que eres?

—No con tantas palabras.

—Pues lo eres —afirmó Clay—. Hoy estás preciosa. Pero para mí eres preciosa también cuando montas a caballo y gritas al ganado, o sirves café durante una tormenta y tu pelo está empapado y aun así sonríes.

—Clay —le acarició la mejilla—. Me vas a hacer llorar.

—No es ésa mi intención. Preferiría besarte —dijo él, mientras deslizaba las manos por la espalda de Autumn.

—¿Y por qué no lo haces? —le rodeó el cuello con ambos brazos.

—Porque cuando te beso se me olvida dónde estoy.

—Yo te lo recordaré —dijo Autumn, ofreciéndole los labios.

No entendía por qué no la había besado muchos años atrás, pero trató de recuperar el tiempo perdido. Se pertenecían. Él lo sabía y quería que ella lo reconociese, pero tendría que tener paciencia, primero que Autumn lo admitiera.

Por eso sabía que era demasiado pronto para decirle lo que sentía por ella… con palabras. No debía hablarle del futuro todavía; pero, mientras tanto, sí que podía disfrutar de ese presente maravilloso.

Recordó la noche en que había oído hablar a sus padres. Era verdad que a él le gustaba Autumn ya entonces, y no sólo como amiga. Pero al ver la expresión de ella, tras oír la conversación de sus progenitores, Clay supo que Autumn no había pensado nunca en él como novio.

La apretó con fuerza para olvidarse de ese momento de decepción y le acarició la espalda mientras sus lenguas se recreaban en sensaciones gloriosas.

—¡Vaya con la pareja! —exclamó Sally, que acababa de salir del aseo de señoras—. ¿Nunca os habló vuestra madre de las DAP?

—¿Qué es eso? —preguntó Autumn.

—Las Demostraciones de Afecto en Público —respondió Sally. Luego sacó un pañuelo y se dispuso a limpiar la boca de Clay, pero éste se lo quitó y terminó él sólo el trabajo—. Autumn, cariño, quizá deberías retocarte el pintalabios.

Ella asintió y entró en los aseos.

—No me he enfadado —le dijo entonces Sally a Clay—. Sé que estás con Autumn porque te has sentido intimidado conmigo; pero no tienes por qué.

—¿Intimidado?

—Sí. Apenas dices nada cuando estás conmigo. Claro que no todos los hombres saben acompañar a la reina de un rodeo.

Autumn se miró al espejo. Parecía la misma, pero su vida había cambiado por completo. ¿O no?

¿Cómo podía haber pasado tantos años tratando de huir de Clay, para descubrir que era justo lo que había estado buscando?

Porque era obvio que la forma de besar de Clay no era la de un hijo obediente que quería complacer a sus padres. ¿Es que estaba enamorado de ella? ¿Lo estaba ella de él? ¿Y por qué había visto todo el mundo, hasta un ordenador, lo que ellos no habían podido ver? ¿Y ese discurso de La Rosa Amarilla?, ¿cómo podía conocer tanto a Clay y no conocerlo en absoluto al mismo tiempo?

Decidió salir del baño, a pesar de su confusión. Apareció justo a tiempo para ver a Sally alejarse. Ver su despampanante cuerpo le creó cierta inseguridad, pero, por suerte, no pareció que a Clay le importara que se agarrara a él, para disimular el temblor de sus rodillas.

Entraron en el salón de baile y, en contra de lo que Autumn esperaba, nadie pareció extrañarse al verlo junto a Clay. Al margen de la zona de baile, había una escultura de un cerdo y una muestra de trofeos de antiguos ganadores en la compra de cerdos.

La idea era darles de comer y beber, para que estuvieran contentos y fuesen generosos en la subasta de cada año. Aparte de los compradores de cerdos, se había invitado a compradores de pollos, ovejas y vacas, para promocionar la ganadería en general.

Autumn y Clay estaban invitados en agradecimiento a los fondos que habían recaudado. Lo que ella no adivinaba era cómo habría hecho Sally para colarse.

—¿Te apetece bailar antes de picar algo de comida? —le ofreció Clay.

—No hemos bailado juntos desde el instituto —dijo Autumn, fundiéndose entre los brazos de él.

—Nos hemos perdido muchas cosas.

Autumn asintió en silencio.

Clay la condujo por la pista con seguridad, y Autumn comprendió que él sólo se exhibía en ocasiones puntuales, para disfrutar, nunca para demostrar nada a nadie.

Mientras se deslizaban juntos, notó que algo acababa de atraer la atención de otras parejas. En el centro de la pista estaba Jackie Dutton… y con ella, Garth Rivers, con su cinturón de oro.

Autumn y Clay se miraron y se echaron a reír. Cuando acabó la melodía, se dirigieron hacia una mesa con comida, se sirvieron unas galletas y unos tacos de queso y se sentaron en una esquina, lejos de los altavoces.

—Clay…

—¿Sí?

—Tú no… después de haber estado saliendo dos semanas con distintas personas, ¿no pensabas que la gente se sorprendería al vernos juntos otra vez?

—Ya estaban advertidos.

—¿Cómo?

—No sé tu madre —Clay rió—; pero la mía ha estado mandando faxes a todo el mundo, probablemente diciendo que no hicieran caso de nuestro comportamiento —explicó.

—Me pregunto qué habrán pensado.

—Cualquiera sabe —se puso de pie—. ¿Te apetece un batido de leche?

—Con nuez moscada —aceptó Autumn.

—No aguanto la nuez moscada —comentó él, con el ceño fruncido.

—¿Y cómo es que el ordenador decía que eras cien por cien compatible conmigo? —lo provocó Autumn.

—Tú sólo eras un noventa y nueve por ciento compatible conmigo — replicó Clay, sonriente—. Debe de ser la nuez moscada —añadió. Y luego marchó hacia el bar.

Mientras lo veía alejarse, Autumn pensó qué tal sería pasar el resto de su vida con él y, por primera vez, la idea no la hizo sentirse atrapada.

—¿En qué piensas? —le preguntó Clay al regresar con sendos batidos de leche.

—En cómo nos emparejó el ordenador de La Rosa Amarilla —improvisó Autumn—. Yo siempre pensé que queríamos cosas distintas en la vida.

—Autumn, tú sabes lo que yo quiero; pero yo nunca he estado seguro de tus perspectivas.

—Ni siquiera yo las tengo claras —confesó ella—. Supongo que siempre he deseado tener libertad para descubrir qué hay en el mundo y tomar mis propias decisiones.

—Pues eso lo has conseguido.

—No te creas. Hasta ahora todos mis pasos han estado encaminados a alejarme de aquí.

—Entiendo —dijo Clay con un tono de voz sombrío.

—No, no lo entiendes —repuso Autumn—. Lo hacía para que tú también pudieras elegir.

—Yo ya elegí hace tiempo —le aseguró con solemnidad.

—¿De veras?

—Elegí la vida del ganadero, y no quiero vivir con alguien que se sienta a disgusto conmigo.

—Pero tampoco quieres que te impongan tu pareja.

—¿Eso es lo que piensas?, ¿que eres alguien con quien debo ser caritativo y cargar a mi pesar? —le preguntó Clay—. ¿Es que voy a tener que besarte otra vez para que entiendas que nadie me está presionando a hacer algo que no quiero?

—Sólo si crees que servirá de algo —contestó Autumn, sonriente.

—A mí me servirá —y la miró de una manera que la hizo ruborizarse.

Se sintió aliviada y decepcionada al mismo tiempo, cuando Clay cambió de tema y comenzó a hablar de cine. Nunca habían charlado sobre sus películas favoritas. También se mostró interesado en sus estudios de Derecho.

—La empresa en la que estoy trabajando me ha propuesto un contrato más serio cuando me licencie. Aunque yo no estoy segura de si aceptaré.

—¿Por qué?

—No es una empresa grande —Autumn sonrió—. Tengo proyectos.

—¿Proyectos que te harán marcharte de San Antonio? —preguntó apenado.

—Hay más bufetes de abogados en San Antonio —respondió ella. No había respondido del todo a su pregunta, pero en esos momentos sólo estaba segura de que estaba a punto de enamorarse de Clay.

—Damas y caballeros —Fred Chapman llamó la atención de los presentes. A su lado, junto al micrófono, sonreía Sally—. Tenemos el honor de contar con la presencia de la señorita Sally McIntyre, reina del rodeo de Houston de 1994 y finalista del Rodeo Nacional de 1995.

Las mujeres aplaudieron por educación, los hombres con entusiasmo. Clay se quedó en un punto intermedio y Autumn lo notó con agrado.

—Recuérdame que devuelva la corona que he encargado a su boutique —bromeó ésta.

—Y tú que yo cancele mi cinturón con hebilla de oro.

Después de presentar a Sally, la orquesta volvió a tocar. Cada baile era diferente junto a Clay, y Autumn pasó una velada mágica a su lado. Él la miraba de forma que ningún hombre se atreviese a interrumpirlos, pero sin llegar a incomodarla por excederse en su actitud posesiva.

Se fueron en silencio hacia el coche, agarrados de la mano, antes de que finalizara el último baile.

Clay había ido en el Cadillac de su padre, insonorizado, para aislarse del exterior y preservar así la magia de la velada.

—Gracias por convencerme de que debíamos hacer caso al ordenador de La Rosa Amarilla —le dijo ella mientras Clay la acompañaba a la puerta, después de llegar a su casa.

—Ha sido un placer —murmuró él—. Te llamaré mañana. Tenemos que recuperar muchos años —añadió, acariciándole una mejilla.

—Sí —convino Autumn, apoyando la cabeza sobre el pecho de Clay.

La luz de la entrada estaba encendida, y Autumn sabía que su madre la estaba esperando. Clay debió de sospecharlo también, porque su beso de buenas noches fue demasiado corto.

Un beso a fondo, pero corto… lo que compensó de sobra con su despedida:

—Autumn, sé que tienes que pensar mucho; que tomar muchas decisiones. Pero, mientras las tomas, quiero que recuerdes que te amo, siempre te he amado y siempre te amaré.

Capítulo 10

FACSIMILE

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Fred Chapman.

Que yo sepa, Autumn y Clay lo pasaron bien anoche. Estuvieron juntos en un extremo apartado del local, aunque parecía que sólo estaban hablando.

Debo decir, en cualquier caso, que tu niña se ha convertido en toda una mujer.

Un cordial saludo, Fred.

FAX

A: Debra Reese.

De: Jackie Dutton.

Querida Debra:

Muchísimas gracias por darme el número de teléfono de Garth Rivers. A Autumn no pareció importarle. De hecho, lo más probable es que ni se diera cuenta. Ha vuelto con Clay DEFINITIVAMENTE.

Un beso, Jackie.

FAX

A: Debra, Reese Ranch.

De: Margaret Schwertner, Rocking S Ranch.

Querida Debra:

¡Creo que anunciarán su boda en cualquier momento! Deberías haberlos visto. Autumn estaba embelesado con Clay y está claro que él la adora. Te juro que se me saltaban las lágrimas. Están hechos el uno para el otro.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Con cariño, Maggie.

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch.

De: Nellie Barnett, Golden B.

Debra, ¡las noticias son fabulosas por aquí! ¿Qué tal por tu casa?

Nellie.

FACSIMILE

A: Nellie.

De: Debra.

¡Siguen adormecidos!

Ansiosamente, Debra

EL PITIDO constante del fax terminó despertando a Autumn. Miró el reloj, se puso una bata y bajó hacia el dormitorio que empleaban como oficina. Su madre debía de estar fuera de casa, haciendo la compra probablemente.

Autumn llevaba un rato despierta, pensando en Clay, en su declaración de amor al despedirse la noche anterior.

Clay había querido darle tiempo para que reflexionase su respuesta; quería una declaración a la luz del día, se sonrió Autumn.

Se quedó asombrada al ver la cantidad de rollitos de papel que había en el suelo, con mensajes informando a Debra de cómo había ido la velada entre Clay y Autumn.

Con lo serena que había parecido, pues sólo le había preguntado si se había divertido en el baile, debía de estar muriéndose de ganas por tener información de primera mano.

Recogió todos los faxes y los colocó en una caja, hasta que, dentro de ella, encontró uno que hacía alusión a La Rosa Amarilla, en el que Nellie decía que iba a llamar a la agencia para descubrir cuánto podía costar que reconocieran que habían cometido un error no emparejándolos.

Un momento… ¿Es que la madre de Clay había sobornado a María para que ésta los emparejase? ¿La magia de la noche anterior había sido una farsa?

Autumn se sintió la mujer más ingenua del mundo. Sus padres llevaban años tratando de unirlos y era obvio que no habían desistido.

¿Cómo podía soportarlo Clay?, ¿o estaría él al corriente de aquellos tejemanejes?

Luego vio el fax en el que su madre anunciaba su intención de vender Reese Ranch, al asumir que Autumn no estaba interesada en ocuparse de las tierras.

Seguro que Clay había estado al tanto de todo y había obedecido a sus padres, para, casándose con ella, apropiarse de Reese Ranch sin tener que pagar nada a cambio.

Era evidente que Clay y Autumn no estaban emparejados en realidad; que todo había sido un montaje para que ella volviese a su lado.

Una lágrima mojó uno de los faxes. Lo único que había querido en toda su vida era poder tomar sus propias decisiones; pero daba la impresión de que su madre seguía dirigiéndola… y Clay y su familia se confabulaban con Debra.

Oyó que su madre abría la puerta y entraba en la cocina.

—¡Mamá! —bramó Autumn.

—Estoy en la cocina —respondió Debra.

—¿Te importa explicarme esto? —exigió Autumn, tirando los faxes sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras colgaba su abrigo.

—¿Cómo que qué pasa? ¡Pasa todo! —exclamó Autumn—. ¿Tienes intención de vender nuestras tierras y ni siquiera me lo has dicho?

—Estoy pensando en venderlas, sí. Te lo habría dicho antes de tomar ninguna decisión definitiva —contestó Debra con calma, mientras servía café para las dos—. Se lo he ofrecido a Hank y Nellie. Si llegamos a un acuerdo sobre el precio, se las quedarán ellos.

—Pero, ¿por qué?

—¿Estás dispuesta a quedarte aquí y ayudarme a sacarlas adelante? —replicó la madre sin rodeos.

¿No quería decisiones? Pues ahí tenía una. ¿Estaba dispuesta a sacrificar sus estudios para atender a las necesidades de Reese Ranch?

—No —susurró Autumn.

—Pues por eso vendo. ¿Qué sentido tiene mantener esto si a ti no te interesa?

—Pero tendrás que salir de tu casa.

—Esta casa era el sueño de tu padre. Yo era feliz aquí mientras él estaba vivo; pero me gustaría descubrir qué más cosas me puede ofrecer el mundo, aparte de esta vida de ganadera —Debra sonrió—. Igual que a ti.

—¡Mamá! —Autumn se abrazó a Debra—. Si cambias de opinión y quieres quedarte, por favor, dímelo. Podría conseguir un trabajo de jornada completa…

—No voy a cambiar de opinión —respondió Debra—. Y tampoco quiero que tú cambies.

FAX

A: Debra Reese, Reese Ranch, Propietaria.

De: Henry Barnett y Eleanor Winter Barnett, Golden B, Propietarios.

Número de páginas: 3

Por favor, considere nuestra oferta para la compra de la propiedad conocida como Reese Ranch. Responda, por favor, en un plazo de treinta días.

Sinceramente, Henry Barnett y Eleanor Winter Barnett.

FAX

A: Henry Barnett y Eleanor Winter Barnett, Golden B, Propietarios.

De: Debra Reese, Reese Ranch, Propietaria.

Queridos Nellie y Hank, no necesito treinta días. He hablado con Autumn y vuestra oferta es más que generosa. Acepto.

Un abrazo, Debra.

Si hubiese sido sincera con su madre, le habría dicho que lo que le molestaba era el soborno a La Rosa Amarilla; pero eso debía discutirlo antes con Clay.

Autumn condujo hasta su casa. Quería verle la cara cuando le contara los enredos de sus padres.

—¡Autumn, qué sorpresa! —la saludó Nellie, sonriente, al abrirle la puerta—. Clay acaba de llegar. Comes con nosotros, ¿verdad?

—Hola, Autumn —lo saludó Clay, antes de que ella contestase.

Autumn notó que le hablaba como siempre, pero, sin duda, la intensidad de su mirada no era la habitual…

Lo que no cambiaba que la hubieran manipulado. Y quizá lo hubieran manipulado a él también.

—Tengo una idea —anunció la señora Barnett—. ¿Por qué no os preparo unos sandwiches y coméis fuera? Hace un día estupendo —propuso.

—Gracias, mamá —dijo Clay. Nellie se marchó a la cocina acto seguido—. Has estado pensando —le dijo a Autumn, una vez a solas.

—Sí.

—¿Quieres sentarte para soltarme lo que vas a decir? —le preguntó. Al parecer, debía de notarse que estaba disgustada, pensó Autumn.

—Lo han organizado todo —dijo ésta, tras acompañarlo al salón y tomar asiento—. Lo he descubierto esta mañana —añadió, al tiempo que le mostraba los faxes referentes a La Rosa Amarilla.

Clay los leyó y luego se los devolvió a Autumn.

—¿Y bien? —preguntó ésta, al ver que él no decía nada—. ¿Estabas al corriente de esto?

—No.

—¿Y no te pone enfermo?

—¿Cuál es el problema?

—El problema es que nuestras madres pagaron a la agencia para que nos emparejase.

—¿Y qué si lo hicieron?

—¿Cómo que y qué? Nuestra cita fue una mentira.

—¿De veras? —Clay se cruzó de brazos y se recostó en el sofá—. ¿En serio ibas a dejar que un ordenador escogiese marido por ti?

—Ésa no es la cuestión. Yo esperaba que los emparejamientos no estuviesen trucados. Nada más.

—¿Estás segura de eso?

—¿Qué más pruebas necesitas? —replicó Autumn, agitando los faxes.

—Quiero decir, ¿has llamado a La Rosa Amarilla?

—No, pero pienso hacerlo.

—Adelante —Clay sonrió—; aunque me da igual si han tenido que engañarnos para que te des cuenta de que nos pertenecemos.

Ya estaba otra vez con su teoría del encargo sagrado y de la pertenencia.

—¿Sabías que mi madre les había ofrecido Reese Ranch a tus padres?

—Sí —Clay pestañeó.

—¿Hace cuánto?

—Unos días.

—¿Y no te has molestado en decírmelo?

—No me correspondía. Eso es algo entre tu madre y tú.

—De acuerdo, es verdad —concedió Autumn—. Pero también me siento manipulada con eso, y ya estoy harta.

—¿Sabes, Autumn? No todo el mundo gira en torno de tus deseos y tus sentimientos. Hay otras personas que también sienten y tienen sus propias vidas.

—¡Pues ojalá las vivan y me dejen en paz!

—Eso es exactamente lo que tú madre está intentando hacer.

—No has visto todos los faxes que han llegado a casa esta mañana. Casi todos los que fueron al baile hicieron de espías para ella.

Clay no dijo nada. Autumn tardó unos segundos en darse cuenta de lo furioso que estaba. Y no le gustaba verlo así.

—Ya entiendo a qué viene todo esto: estás buscando excusas para no tomar una decisión sobre nosotros. ¡Nosotros! —repitió Clay con rabia—.

Anoche te dije que te quería y estoy seguro de que tú también me quieres, aunque eres demasiado cabezota para admitirlo. Hablas mucho de tomar decisiones, pero ahora no te atreves. Quieres que te obliguen, para no aceptar la responsabilidad de lo que vayas a hacer.

—¡No es verdad!

—De acuerdo. Entonces cásate conmigo. Sí o no. Tú decides, pero no te voy a esperar siempre —zanjó.

Ella se dio media vuelta y se marchó.

No se quedó a comer. Se metió en su Ford, condujo directamente hacia La Rosa Amarilla y entró en la agencia acelerada.

—¿Qué haces aquí otra vez? —le preguntó María, que estaba atendiendo a otra mujer—. ¿Nos has traído una invitación para la boda?

—No —Autumn le enseñó los faxes—. Me gustaría que me explicases esto.

María le pidió a la cliente que la excusara un momento y fue con Autumn a otra habitación:

—No pareces contenta —le dijo.

—Porque no estoy contenta —respondió Autumn—. He descubierto estos faxes, que indican que os pagaron para emparejarme con Clay.

—No.

—¿Qué significa ese no?

—Que esos faxes no indican nada. La madre de Clay llamó, pero me negué a hacerle caso —aseguró—. ¡Y no me gusta que entres aquí enfadada, acusándome de aceptar sobornos! —la regañó, como si fuese una niña pequeña.

—Lo… lo siento —se disculpó Autumn.

—Te perdono —dijo María—. El ordenador os emparejó sin que hiciéramos ninguna trampa. Pero vosotros no necesitabais ningún ordenador. Ya estabais enamorados la primera vez que vinisteis.

—No, te aseguro que no.

—Bueno, puede que no —María se encogió de hombros—. Pero ahora sí lo estáis, ¿verdad?… ¿No habrás hecho una tontería por pensar que el emparejamiento estaba trucado? —le preguntó, al ver que Autumn no respondía a su anterior cuestión.

Autumn recordó el enfado de Clay mientras le pedía que se casase con él. ¿Cómo podía haber dejado plantado al hombre del que estaba enamorada?

—Sí, he hecho una tontería tremenda. Una tontería insuperable —se lamentó Autumn—. ¿Qué… qué puedo hacer ahora?

—No te queda más remedio que ir a buscarlo y tratar de convencerlo de que no eres tan tonta como crees.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?, ¿te dijo que no quería verte nunca más?

—No. Me propuso que me casara con él.

—¿Y qué contestaste?

—No dije nada —susurró Autumn.

—¡Pues corre y dile que sí! —exclamó María—. Luego lo besas y asunto solucionado —aseguró.

¿Sería así de sencillo?, ¿después de haber sido tan egoísta?

María le dio una rosa amarilla como amuleto y Autumn se despidió, agradecida. Luego fue pitando a casa de Clay.

—Hola, Autumn —la saludó Nellie, esta vez con una sonrisa nada más que educada.

—¿Está… está Clay? —balbuceó.

—Búscalo en el establo, con las vacas.

Lo encontró alimentando a un ternero huérfano.

—Hola, Clay —lo saludó.

—Hola —respondió él—. ¿Has estado en la agencia?

—Sí.

—¿Y?

—Y he sido una estúpida.

—No trucaron el ordenador, ¿verdad? —dijo Clay, él acababa de enterarse por Nellie de que María no había aceptado su soborno—. Mi madre me dijo que María no accedió; pero le he echado la bronca sólo por intentarlo.

—No sólo he sido tonta por eso. Tenías razón…

—Repite esa parte —la picó.

—Tenías razón —dijo entre dientes—. No debería haberme importado que estuviesen trucados. Estaba buscando alguna excusa para no admitir que todo el mundo acertaba respecto a nosotros. Lo siento, Clay…

—¿Eso es todo? —preguntó él, sonriente.

—Sí —le dio la rosa amarilla.

—¿Sí?

—Digo que sí, que elijo que sí, que te elijo… —se aturulló Autumn.

—No te casarás por miedo a perder tu casa, ¿verdad?

—¡No!

—Lo digo porque no tengo dinero para comprarla.

—Te quiero a ti, no al rancho. Lo único que me importa es que estemos juntos.

—Es la primera vez que me dices que me quieres, Autumn —Clay le dio un fuerte abrazo—. Te juro que eres la mujer más desafiante, pero ha merecido la pena esperar. Espero que sea verdad lo que acabas de decir.

—Lo es.

—Bien, porque aunque yo no tengo dinero para comprar Reese Ranch; mi padre ya lo ha comprado.

—Un momento: ¿me estás diciendo que le has dejado que lo compre, aun sabiendo que podría acusarte de que estabas intentando retenerme?

—Es un rancho muy bueno. Y no quería que se lo arrebatase nadie — respondió Clay—. Y algún día será todo nuestro, cuando mis padres dejen de trabajar. Tu madre ya nos ha dicho que quiere vivir en la ciudad.

—Entonces tendremos que darnos prisa con la boda, si no quiero acabar debajo de un puente —bromeó Autumn, sonriente.

—Por mí perfecto —Clay rió—. ¿Pero qué pasa con tus estudios?

—Puedo ir y volver a la universidad en el día, o apuntarme a distancia, o las dos cosas… ¿Clay?

—¿Sí?

—María dijo que ahora debía besarte.

—María es una mujer muy sabia —respondió Clay, bajando los labios hacia la boca de Autumn.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Clayton Barnett.

ACTIVIDAD REALIZADA: Baile de Compradores.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: Sí.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: Quiero verlo el resto de mi vida.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: Es perfecto.

EVALUACIÓN PARA LA ROSA AMARILLA

NOMBRE DE LA PAREJA: Autumn Reese.

ACTIVIDAD REALIZADA: Baile de Compradores.

¿VOLVERÍAS A VER A ESTA PERSONA?: Ya te digo.

¿POR QUÉ O POR QUÉ NO?: Quiero presumir de esposa.

¿LE RESULTÓ ALGÚN RASGO DE SU CARÁCTER INCOMPATIBLE CON SUS DESEOS?: A veces es un poco testaruda, pero me hará la vida más emocionante.

BASE DE DATOS DE LA ROSA AMARILLA

NOMBRE: Autumn Reese.

ESTADO: Baja, emparejamiento con éxito.

BASE DE DATOS DE LA ROSA AMARILLA

NOMBRE: Clayton Barnett.

ESTADO: Baja, emparejamiento con éxito.

FAX

A: Autumn Reese, Reese Ranch.

De: Clayton Barnett, Golden B Ranch.

Te quiero, Clay.

FACSIMILE

A: Clayton Barnett, Golden B Ranch.

https://www.facebook.com/novelasgratis

De: Autumn Reese, Reese Ranch.

Demuéstralo. A las nueve en el jardín botánico. No olvides llevar los labios.

Autumn.

Fin.